



**LUZ GUILLÉN**

¿EN BARCELONA  
O EN DUBLÍN?



# Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Epílogo

Biografía

Notas

Créditos



**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Capítulo 1

—Desembucha —exigió Merche al ver aparecer a Daniela por la puerta.

Había llegado unos minutos antes, se había colado en su despacho y la aguardaba sentada sobre la mesa mirando hacia la entrada.

—¿Qué? —preguntó sobresaltada su amiga. Lo último que esperaba ese lunes era que su compañera estuviera en modo cotilla.

—¡Oh, venga, Dani, ya sabes a lo que me refiero!

Ella se acercó quitándose la correa del bolso por encima de la cabeza, pasó por su lado y lo colgó del perchero junto a la ventana. Con parsimonia, se deshizo de la chaqueta, que también colgó, antes de volver sobre sus pasos y encararla.

—Merche, no seas chafardera. La curiosidad mató al gato —dijo guiñándole un ojo.

—Vale, pues que me mate. ¡Muerta de curiosidad ya estoy!

Dani se rio con ganas. Merche era única: simpática, zalamera y entrometida, además de guapísima.

—De acuerdo —concedió—, siempre y cuando tú también me pongas al día.

—Vale. ¿Sobre qué?

—Para empezar... No, mejor será que lo dejemos para la comida. Ahora tengo un montón de trabajo. Dentro de dos días hay una auditoría y no querrás que no la pasemos, ¿verdad?

—¿Me vas a dejar así? —preguntó Merche haciendo un gracioso puchero—. Dime, al menos, si hubo reconciliación o no.

—¿Tú que crees? —replicó Dani poniendo los ojos en blanco.

Merche se puso en pie de un salto, cayendo sobre sus tacones. La miró con picardía levantando varias veces las cejas y contestó:

—¿Qué?, ¿hubo? No me has llamado en todo el fin de semana, no has estado disponible... Sí, yo juraría que sí.

Cogió su bolso de encima de la mesa y, dirigiéndose a la puerta, añadió:

—Al mediodía me pones al corriente de todo.

—Y, de paso, tú me cuentas qué tal te fue con el hermano de Bruno.

Merche se giró de golpe, seria. No contestó, pero lanzó un beso al aire, como

solía hacer, antes de salir de la habitación.

Recorrió el pasillo que la separaba de su lugar de trabajo fingiendo una seguridad que no sentía. Desde la noche del viernes, todo su mundo se había desbaratado.

Cuando Rubén la había mirado con esos intensos ojos verdes que la naturaleza le había dado, se había deshecho por dentro. Nunca había experimentado algo parecido. Otros hombres, muchos de ellos muy atractivos, la habían devorado con la mirada. Algunas veces había sucumbido, aunque muchas menos de las que se obstinaba en hacer creer, pero ninguno le había llegado al alma como lo había hecho Rubén con una simple ojeada.

Entró en su cubículo dispuesta a sumergirse en el trabajo, pero el recuerdo de aquellos ojos verdes no se lo facilitó. Cada poco se descubría ensimismada pensando en aquel moreno que la había fascinado con su voz, su conversación, sus miradas, su presencia...

A las dos de la tarde, Dani fue a recogerla. Merche estaba metiendo el brazo derecho por la ligera chaqueta de punto azul que completaba su atuendo: tejanos desgastados, camiseta blanca y sandalias de tacón. Sonrió a su amiga, cogió su bolso y se unió a ella. Juntas salieron de las instalaciones de la empresa de seguros en la que trabajaban camino del bar más cercano.

Durante el corto trayecto hablaron de temas laborales. Había un problema con un asegurado que Dani no sabía cómo solucionar, y Merche era la más indicada para resolver sus dudas. Pero, en cuanto se sentaron a la mesa, mientras esperaban que la camarera fuera a atenderlas, las preguntas cambiaron de tercio.

—¿Qué tal con Bruno, Dani? —preguntó Merche con cierta preocupación que intentó disimular con una sonrisilla.

—¡Perfecto! —contestó ella. La felicidad se le escapaba por los poros.

—Ya, pero...

—Él también está enamorado de mí. ¿Te lo puedes creer?

—No lo entiendo. Entonces ¿por qué se alejó de ti?

—Porque pensaba que yo no sentía lo mismo por él. —Daniela bajó la mirada a la mesa desnuda y suspiró antes de continuar—: Lo cierto es que en aquel momento yo no sabía que lo quería. Le estaba haciendo daño sin saberlo y no lo soportó por más tiempo.

—¡Pobre chico! Menudo infierno para los dos por culpa de tu testarudez. Se veía a la legua que Bruno era importante para ti.

—Sí, supongo. Pero yo estaba ciega y sorda. No quería escuchar a mi corazón y

por poco lo pierdo irremediablemente.

—Bueno, no te entristezcas. Al fin estáis juntos, os habéis dicho lo que sentís el uno por el otro y... porque se lo has dicho, ¿no?

—Sí —afirmó Dani en tono cansino—. Se lo he dicho y... se lo he demostrado. —Sin querer, se ruborizó—. Me he pasado casi todo el fin de semana demostrándoselo.

—¿«Casi»? —preguntó su amiga inclinándose sobre la mesa para acercarse más a ella—. ¿Por qué «casi»?

—El domingo tuvo que trabajar —se lamentó Dani.

La camarera llegó en ese momento. Ambas pidieron una ensalada: Dani, una César, y Merche, de queso de cabra y nueces. Las regarían con agua porque al cabo de una hora debían estar de regreso en el trabajo.

—Así que, ¿todo bien? ¿Has vuelto a subir al paraíso?

Dani no contestó. Sus mejillas se colorearon de nuevo y una sonrisa cómplice apareció en sus labios.

—Bueno, Merche, yo ya te lo he contado. Ahora te toca a ti. ¿Qué dijeron las chicas? Fliparían, supongo.

—Carmen echaba sapos y culebras por la boca. Está muy enfadada contigo, que lo sepas. María se lo tomó mejor. Nunca les habías hablado de Bruno y les sentó muy mal tu falta de confianza.

Daniela se removió inquieta en la silla, se colocó el pelo tras la oreja y suspiró.

—Sí les había hablado de él.

—Dani, no. Sabían que te veías con algún chico, que te acostabas con él, pero nunca supieron que sólo te acostabas con Bruno, ni que llevabas años haciéndolo y, desde luego, no tenían ni idea de lo que sentías por él.

—Ni yo misma lo sabía —se quejó ella.

Callaron al ver aparecer de nuevo a la camarera con su pedido en las manos.

—Ahora os traigo el agua.

Las dos asintieron en silencio y, acto seguido, atacaron sus ensaladas. Estaban deliciosas. No dejaban de mirarse sin decir una palabra.

—¿Está bien! —estalló Dani finalmente—. Hablaré con ellas. ¿Contenta?

—Sí, mucho.

—Bueno, pues ahora me vas a contar que pasó entre el hermano de Bruno y tú. Cuando me fui, os vi muy «interesados» el uno en el otro.

—Nada. —Merche se tensó—. Hablamos y ya está.

—¿Os acostasteis? —preguntó Dani con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

Ambas miraron a la camarera, que regresaba con una botella de agua y dos vasos. La siguieron con la vista cuando se marchó, antes de volver a lo que estaban antes de que apareciera.

—¿Qué?, ¿os acostasteis? —preguntó Dani de nuevo antes de meterse un trozo de tomate en la boca.

Merche acabó de masticar. No quería hablar de Rubén, pero sabía que no tenía escapatoria.

—No. Estuvimos hablando mucho rato. Es un chico muy interesante... —se quedó callada un momento, recapacitando qué decir sin que se notara su interés por él— y muy divertido también.

—Y ¿no te lo llevaste a la cama? —preguntó su amiga sorprendida.

—No.

—¿Por qué? ¿No era tu tipo? —se burló Dani antes de pinchar un trozo de lechuga.

—No está mal. Sólo... que no me apeteció

¿Cómo decirle a su amiga que se había sentido intimidada por lo que Rubén le había hecho sentir? ¿Ella, que siempre presumía de usar y tirar a los hombres, a pesar de ser mentira?

—Pues, la verdad, Merche, no lo entiendo. Parecíais muy interesados el uno en el otro. Está para mojar pan. —«Eh, a éste ni mirarlo, que tú ya tienes uno», pensó Merche—. No es tan guapo como Bruno, pero los genes están ahí.

—Sí, está bien el chico, pero... simplemente no me apeteció. Le di mi teléfono, eso sí.

—¡Bien! No está todo perdido... —Dani rio de su propia broma.

Siguieron comiendo y comentando cosas del viernes anterior, pero sin que ninguna de las dos entrara en detalles. La una porque lo vivido con Bruno era tan intenso y personal que no deseaba compartirlo con nadie. La otra porque no quería seguir hablando de Rubén..., aunque no pudiera quitárselo de la cabeza ni un momento.

Estaban pagando su consumición cuando sonó el móvil de Dani. Apenas se oía por culpa de los sonidos típicos de un comedor tan concurrido como aquél, en el que los trabajadores iban a tomar un tentempié antes de volver a su trabajo, tal y como habían hecho ellas. Lo sacó del bolso y la cara se le iluminó. Un WhatsApp de Bruno, que le preguntaba:

¿En tu casa o en la mía?

Ella contestó sin dudar:

En la tuya. Tengo ganas de volver a disfrutarla.

Merche puso los ojos en blanco. A partir de ese momento, su amiga iba a estar insoportablemente empalagosa con su chico. Sin saber por qué, pensó que era ella la que recibía los mensajes, pero que el emisario era Rubén. Sacudió la cabeza para alejar esas ideas tontas. No podía ser. Ella... Rubén... No. Simple y llanamente, no.

Sin embargo, la imagen de Dani contestando a Bruno no la dejó tranquila en toda la tarde.

Ni siquiera vio a Dani al salir. Seguro que aquella loca enamorada había salido disparada hacia casa de Bruno para recuperar el tiempo perdido (y los polvos también).

Merche lo dejó todo ordenado antes de irse. Se despidió de los compañeros que se encontró a su paso y fue derecha a coger el autobús. No había sido un día muy productivo en lo que al trabajo se refería. Había estado distraída y, algo raro en ella, soñadora. Se sentía fatal. No podía dar crédito a lo que le pasaba. Ella no se dejaba deslumbrar por los hombres, ¿no? Sin embargo, Rubén se había instalado en su memoria desde que lo había visto dos días antes.

Merche taconeaba con rabia en su camino a la parada del bus. Hacía años se había prometido que no permitiría que ningún hombre le nublara el entendimiento. Su hermana mayor había sufrido mucho por culpa de un rastrero hijo de puta que le ponía los cuernos cada dos por tres. Belén, tan enamorada como estaba, no atendía a razones. Cuando ella o quien fuera le decía algo sobre Óscar, simplemente se hacía la sorda.

Entre su hermano Lucas y ella, idearon un plan maquiavélico para desenmascarar a Óscar. Lo consiguieron, sí, pero el precio que pagaron fue enorme. Belén no les habló durante seis meses. Encontrarse al hombre que amaba enterrado entre las piernas de una de sus amigas fue devastador para ella. Lloró, se desgañitó, cogió una depresión... Maldito Óscar. No sólo había destrozado a su hermana, sino también su



propia confianza en los hombres. Por eso Merche se sentía tan enfadada consigo misma. Porque no podía parar de pensar y fantasear con Rubén. Y no sólo en la cama, que eso no se le iba de la cabeza, sino en cosas más simples como pasear, comprar una tele juntos y chorradas por el estilo. «*STOP* —se dijo—. Hasta aquí hemos llegado.»

El autobús llegó lleno a reventar. A punto estuvo de dejarlo pasar y esperar al siguiente, pero la necesidad de llegar a su casa y darse un buen baño la animó a embutirse dentro de esa lata de sardinas. ¡Estaba tan cansada! Cansada de luchar contra algo que no conocía... Además, ¿de qué se preocupaba? Seguro que no volvía a verlo. Sí, le había dado su número, lo cual no quería decir que él fuera a llamarla. Y, dale, vuelta a pensar en Rubén. ¿Se le había fundido el cerebro, o qué?

Por suerte, la tortura de viaje acabó pronto. Su casa no estaba muy lejos de la oficina y, al cabo de poco más de quince minutos, bajaba de aquel cacharro sin haber perecido de asfixia.

Lo primero que hizo al poner un pie en su casa fue quitarse los zapatos que la estaban martirizando. Presumir estaba bien, pero ¡cómo fastidiaba los pies! Se puso sus zapatillas de gatitos, dejó la chaqueta y el bolso colgados del perchero de la entrada y fue derecha a la sala a poner algo de música: *Candyman*,<sup>[1]</sup> de Christina Aguilera, estaría bien.

Lo siguiente fue ir al baño, tapar la bañera, cubrirla de sales y abrir el grifo del agua caliente.

Mientras se llenaba, se bebió un zumo de piña antes de desnudarse; luego dejó su ropa cuidadosamente doblada sobre la silla de su habitación y volvió al baño. Cambió la temperatura del agua porque abrasaba y esperó a que se templara lo suficiente.

Estaba a punto de sumergir un pie en su anhelado baño cuando su teléfono móvil empezó a sonar. «¡Mierda!» Se lo había dejado en el bolso y éste estaba en la entrada. ¿Qué hacer? ¿Se olvidaba de la llamada o la cogía? Su vena curiosa ganó la batalla. Desnuda como iba, fue a buscar su móvil, que no paraba de sonar.

Se quedó de piedra cuando leyó el nombre en la pantalla: «Rubén». Descolgó de inmediato. Por mucho que pretendiera que no, lo cierto era que deseaba recibir esa llamada desde que se habían separado dos noches antes.

—¿Dígame? —preguntó, aun sabiendo de quién se trataba.

—Hola —la saludó la profunda voz de Rubén—. ¿Te interrumpo?

—¡No, no, qué va! —exclamó más entusiasmada de lo que quería aparentar—. Tú

dirás.

—Me preguntaba si te iría bien que nos viéramos un rato para tomar una cerveza o cenar.

—¿Cuándo? —Con los ojos desorbitados, Merche miró hacia abajo contemplando su desnudez.

—Ahora, si no te va mal.

—¿Ahora? ¿Ahora mismo? —casi chilló. Deseaba verla, y mucho. Más teniendo en cuenta cómo iba «vestida» en ese momento y en lo que se podría hacer estando de esa guisa.

—Si no te va mal... Bruno no me deja ir a casa..., ya sabes, está con Dani. Y a mí tampoco es que me apetezca mucho estar pululando alrededor de los tortolitos.

Merche se deshinchó. No es que quisiera verla a ella concretamente. Sólo es que necesitaba una distracción. Bueno, daba igual. De todas formas, le apetecía mucho verla de nuevo.

—De acuerdo. Pero tendrá que ser dentro de media hora. Justo ahora me metía en la ducha. —Adiós a su baño..., pero no importaba.

—¿Dónde nos vemos? —A Rubén se le puso la entrepierna contenta al imaginarla como su madre la trajo al mundo, pero disimuló lo mejor que pudo.

—¿Dónde estás?

—Cerca de la estación de Sants. ¿Te queda muy lejos? Me desplazo a donde sea. —Si le decía que fuera a su casa, él, contento como unas castañuelas.

—Podemos quedar en el centro comercial de Las Arenas. Allí hay sitios para tomar algo.

A Rubén no le gustaban ese tipo de sitios, pero tenía tantas ganas de volver a verla que accedió. Quedaron al cabo de treinta minutos en la puerta del centro comercial.

Desde que había visto a Merche la noche que su hermano recuperaba a la mujer de sus sueños, no había parado de pensar en ella. Era preciosa. Sus ojos, de un dorado casi imposible, tenían una expresión vivaracha que lo había vuelto loco nada más verla. Su boca de labios carnosos, que parecía estar diciéndole «cómeme», escondía unos dientes blancos y perfectos..., a pesar de que uno estaba ligeramente montado sobre el siguiente, lo que le daba un aspecto de niña traviesa. ¡Lo que haría él con esa boca! Y luego estaba su nariz: recta y pequeña, sembrada de diminutas pecas que hacían del conjunto un espectáculo para la vista.

Había deseado desnudarla allí mismo, delante de sus amigos, y hacerle todo lo

que se le había ocurrido en ese momento. Pero él era un hombre serio, formal, y no hacía esas cosas, ¿verdad? Se había comportado como un caballero, aunque los demonios se lo estuviesen comiendo por dentro y su pantalón hubiera estado al borde del colapso. Y seguiría siendo un caballero esa noche, a pesar de los pesares y del dolor en cierta parte que le quedaría después.

Rubén llegó al punto de encuentro cinco minutos antes de la hora convenida. No dejaba de estudiar a todas las mujeres que pasaban a su alrededor, intentando descubrir a Merche. Ninguna era ella. Ninguna era como ella. Jóvenes, mayores, altas, bajas, bonitas o no tanto. Merche era diferente. Le había dejado una huella en el alma que no comprendía, pero sabía que no podía dejarse llevar. Dentro de tres días sus vacaciones acababan y debía regresar a Dublín. No podía emprender algo que sabía que lo marcaría a fuego, cuando ese algo venía con fecha de caducidad. Se negaba a matarse a pajas recordando la sensación de su cuerpo en los dedos, estando a mil quinientos kilómetros y sin opción a saborearla de nuevo. No. Era mejor mantener las distancias... «físicas». Pero se sentía incapaz de no volver a verla. Al menos, disfrutar de su compañía. Había apreciado en ella algo que no había encontrado en ninguna mujer antes. Algo que lo había cautivado. Algo que la hacía irresistible para él.

Se mordió el labio pensando en lo que haría con ella de no tener que volver a Irlanda. Su cuerpo respondió al instante. Eso no era bueno si iba a pasar con ella lo que quedaba de tarde. Intentó desviar su pensamiento, pero en ese instante, Merche, vestida con unos sencillos tejanos, una camiseta blanca, una chaqueta de punto y unas cómodas deportivas, apareció en su radio de visión. ¡Y qué visión! Estaba para comérsela, con el pelo ligeramente húmedo (que le recordó que acababa de ducharse, alterando su anatomía un poco más), sus andares felinos y dedicándole una sonrisa que iluminaba su rostro.

Se acercó a ella con decisión. Una ráfaga de viento levantó la melena de Merche cuando Rubén estaba a dos pasos de ella. La fragancia a melocotón que desprendía su pelo le inundó las fosas nasales ¡Iba a ser una tarde muy larga! Tendría que luchar contra sus ganas de sumergir la nariz en su cabello y otra cosa en otro sitio.

—¡Hola! —saludó la joven agrandando su sonrisa—. Has llegado pronto. ¿Hace mucho que esperas?

Al oír de nuevo su voz, se sintió perdido. Había tomado la decisión de no «intimar» con Merche y no se dejaría vencer por su deseo. Pero le iba a costar un dolor en los testículos que haría historia.

—Hola —contestó acercándose a ella para darle un par de besos en las mejillas—. Sólo hace unos minutos que he llegado.

—Perdona si me he retrasado. —Merche estaba extrañamente turbada. Hablaba con una timidez poco habitual en ella.

—No lo has hecho, no te preocupes. —«Difícil... ¡Esto va a ser muy difícil!», pensó Rubén—. ¿Qué te apetece tomar?

«A ti», se dijo ella. Pero no fue eso lo que le contestó.

—Lo que quieras.

—Es tarde para un café... ¿Una cerveza?

—Bien. Una cerveza es perfecto.

—Si no tienes prisa, podemos cenar algo luego. —Cualquier cosa antes que separarse de ella.

—Mañana madrugo —explicó Merche un tanto triste.

Ambos estaban parados uno frente al otro en medio de la calle, soltando palabras y queriendo decir otras muy diferentes. Se quedaron callados, mirándose a los ojos, expresando con ellos lo que sus bocas se negaban a pronunciar. El chirrido de unos neumáticos y el ensordecedor pitido de un claxon los sacó de aquel diálogo sin palabras.

—Pero igualmente tendrás que cenar, ¿no? —retomó Rubén la conversación, que se había quedado interrumpida por sus miradas.

—De acuerdo —concedió ella mientras se acomodaba la correa del bolso—. Cenemos, pero no muy tarde, por favor.

—¿Qué te parece si antes paseamos un rato?

—Sí —sonrió Merche, fundiendo así los fusibles del cerebro de Rubén—. Me parece buena idea.

Y emprendieron la marcha. Caminaban muy juntos, pero sin rozarse. Ambos temían arder si se tocaban. Rubén, con una erección dolorosa, hacía gestos disimulados para recolocarla en sus pantalones. Ella fingía un frío que no sentía para tapar con la chaqueta sus pezones erectos. Era una tortura para los dos, pero una tortura buscada y deseada. El ruido de la calle los obligaba a unir sus cabezas más de lo que podían soportar.

Rubén estaba casi decidido a rendirse, a cogerla por la nuca y a besarla hasta dejarla sin respiración; a que el aire que le llegara a los pulmones fuera el que él le insuflaba. No sabía qué le pasaba con esa morena de ojos dorados y sonrisa devastadora, pero se daba cuenta de que en toda su vida se había sentido tan atraído

por una mujer como se sentía ahora por Merche.

A ella le sucedía algo parecido. Ese hombre era magnético. Su voz profunda y envolvente, sus ojos verdes, que parecían comérsela cuando la miraba desde su altura... Sin tacones, se veía diminuta a su lado, y la idea de sentirse rodeada por aquellos fuertes brazos que se intuían escondidos por la chaqueta gris, desaparecer escondida por su cuerpo..., a punto estuvo de llevarla al éxtasis.

Hablaban de todo. Cualquier tema era bien recibido. El caso era estar juntos, conocerse un poco más, aunque eso no los llevara a ningún puerto...

La imagen frívola que Merche había creado a su alrededor, con la que pretendía hacer creer a todos, incluidas sus amigas, que era una devorahombres, no se acercaba a la de la Merche real. Era cierto que cuando salía con sus chicas desaparecía acompañada la mayoría de las veces. Eso había fomentado la creencia de todos de que usaba a los hombres como clínex. Lo que no sabía nadie era que sólo una de cada veinte veces dejaba que la acompañaran hasta casa o iba con ellos a la suya... Una de cada veinte o de cada treinta. Sólo sucumbía cuando la necesidad era muy grande y el chico merecía la pena. Las otras ocasiones en que la veían abandonar el local con alguien sólo permitía que la acompañaran hasta su coche o a la parada de taxis. Aquello la había puesto en alguna que otra tesitura desagradable, pero Merche no estaba dispuesta a acostarse con el primero que se le pusiera delante..., por mucho que fuera ésa la idea que se empeñaba en fomentar entre sus conocidos. Y todo era por miedo a mostrar su verdadero yo. Ese sensible, vulnerable y tierno yo que trataba de ocultar a toda costa. Era preferible que la consideraran divertida, alocada y superficial a que alguien llegara al fondo de su alma y le rompiera el corazón como le había ocurrido a su hermana.

Después de pasear a lo largo de la Gran Vía durante más de media hora, decidieron parar a cenar. Merche estuvo tentada de decirle que lo invitaba a su casa. No obstante, se contuvo, aunque no supo muy bien cómo. Finalmente se decantaron por un pub irlandés que había en la calle Tallers.

Era temprano. A esas horas, pocos eran los que tomaban la última comida del día, aunque para Rubén, acostumbrado a los horarios dublineses, era algo normal. El local, bastante vacío, tanto por la hora como porque era lunes, tenía la televisión encendida en un canal de deportes. Dos contrincantes median sus aptitudes lanzando dardos a una diana. Ambos miraron la gran pantalla plana de reojo y, huyendo del alboroto que emitía, se alejaron todo lo que pudieron para tener un poco de tranquilidad y, así, poder hablar a gusto.

—Es rara esa afición que tienen los ingleses y los irlandeses por los dardos, ¿no crees? —preguntó Merche mientras esperaban el típico plato de salchichas con huevo, puré y guisantes que habían pedido.

—Para ellos no —contestó Rubén mirándola a los ojos. No era de esas chorradas de lo que le apetecía hablar. No. Preferiría hablar de lo mucho que le gustaría comerse su boca, pero calló.

—Y ¿qué tal es tu vida allí? —En realidad, lo que deseaba saber era si había alguien especial que le hiciera perder la cabeza.

—Aburrida. Trabajo, casa, casa, trabajo. Algunos días quedo con los compañeros para hacer un partido de fútbol sala. Y los fines de semana voy de excursión por los alrededores de la ciudad. Irlanda es preciosa. Tiene unos paisajes que hay que ver. —«Y que me encantaría mostrarte», pensó.

—Nunca he estado allí. —Su respuesta sonó a autoinvitación, y Merche se avergonzó al darse cuenta de ello.

Cogió el vaso de Guinness que habían pedido al entrar y le dio un largo trago.

—Si alguna vez te decides a visitar Éire, me encantará hacerte de guía turístico.

Ambos decían una cosa y sus miradas hablaban de otra muy diferente. Los dos lo sabían, pero ninguno daba el primer paso. Rubén porque era consciente de que, aunque pareciera una locura, aquella muchacha podía desequilibrar su existencia. Sentía que había algo en ella que lo llamaba como un canto de sirena y no debía dejarse embrujar por su invocación. No cuando se iba dentro de pocos días y tenía pocas perspectivas de volver en mucho tiempo.

Merche, por su parte, se negaba a dejarse ir. No quería que él pensara que era presa fácil, porque no lo era, a pesar de que se había encargado de que todos los que la conocían pensarán lo contrario. Aun así, la mataba por dentro imaginar que él... No. No le insinuaría que deseaba beber de sus labios, hundirse en sus brazos y sucumbir con sus caricias. Era extraño. Nunca se había sentido tímida con un chico. Si se acostaba o no con alguno, no la intimidaba, no la hacía sentirse vulnerable... Claro que Rubén no era un chico. Era un hombre hecho y derecho.

Dieron cuenta de sus platos manteniendo a raya sus impulsos. Hablando de banalidades y dejando escapar entre un tema y otro algún retazo de sí mismos. Queriéndose mostrar al otro y, a la vez, temiendo hacerlo.

No eran tontos. No podían ignorar que ambos sentían una fuerte atracción. Perc demostraron ser fuertes y no dieron su brazo a torcer. Se mantuvieron firmes en su decisión.



Más tarde, Rubén la acompañó a casa dando un paseo, deseando arrinconarla en cada esquina, en cada portal.

—Bien, ya hemos llegado —anunció ella frente a la puerta de un edificio.

—Lo he pasado muy bien esta tarde.

—Yo también. —Merche bajó la vista a sus zapatos, azorada.

—Bueno, pues..., me voy. —Rubén miró a todas partes buscando una excusa para alargar la velada. Por desgracia, no la encontró.

—Hablamos —dijo ella sin moverse, sin ganas de terminar así, tan fríamente.

—Claro —aceptó él a desgana.

Se miraron como lo habían hecho durante toda la tarde. Con deseo no satisfecho y palabras no dichas.

Por fin, después de un momento de indecisión, Rubén se acercó. Dos besos en las mejillas de Merche y la percepción de su mundo cambió por completo. El sutil perfume a melocotón que desprendía, el tacto suave de su piel, la química que, lo quisieran o no, existía entre ellos...

Ella suspiró. Fue un sonido apenas perceptible, pero lo suficientemente alentador como para que a Rubén se le despertara un deseo difícil de contener, así que, reuniendo una determinación que no sabía que tuviera, se apartó de ella. Merche lo miró confundida. ¿Qué había sido eso? Al sentir el contacto de sus labios, una descarga eléctrica la había recorrido de arriba abajo haciendo estragos en su camino.

—Tengo que irme —susurró echando un vistazo por encima del hombro al portal de su casa.

—Ya. —«¡No! No quiero que te vayas», gritó él para sus adentros.

—Adiós.

Merche giró sobre sus talones muy lentamente y se perdió por el hueco de la entrada. En su marcha, oyó la voz de él: «Adiós».

Rubén ni siquiera se dio cuenta del tiempo que permaneció allí de pie, mirando el vano de la puerta. Sentía ganas de aporrearse la cabeza contra la pared. «¡Mierda! Soy un hombre adulto, no un imberbe que no sabe lidiar con una mujer —se recriminó al dar media vuelta y comenzar a caminar de vuelta a casa—. “Adiós, adiós, adiós...” ¿Soy imbécil o qué me pasa?»

Enfadado consigo mismo, andaba con paso enérgico, imprimiendo en cada zancada la rabia que sentía. Lo único que lo calmaba era la decisión que había tomado poco después de abandonar aquella calle. ¡Qué demonios! ¡Daba igual si al llegar a Dublín se pasaba las noches machacándosela recordando a Merche! Al menos

tendría algo de que acordarse. Porque tenía claro que iba a acostarse con ella. Muchas veces. Tenía tres días por delante, dos, si tenía en cuenta que su avión salía el jueves por la mañana. Pero en dos días, en dos noches, podía hacer el amor con ella hasta que ambos quedaran extenuados. Y eso era lo que pensaba hacer. Le constaba que ella también lo deseaba. Lo había notado durante toda la tarde y lo había sentido durante el breve instante en que sus labios se posaron en sus mejillas.

Merche, inquieta como estaba después de separarse de Rubén, ignorando el ascensor, había subido de dos en dos la escalera hasta su casa. Necesitaba tener las piernas en movimiento para que la mantuvieran en pie. Se había quedado temblando tras los «inofensivos» besos del hermano de Bruno. Si había sentido tanta excitación por unos inocentes besos, ¿qué pasaría si...? Debía de ser cosa de la genética. Dani siempre había dicho que su chico era una máquina en la cama, y estaba segura de que Rubén no se quedaba atrás. El recuerdo de su aroma a sándalo y a hombre era salvajemente incitador. Pensar en sus labios carnosos recorriéndola... Ya no le importaba lo que él pensara de ella. Tenía claro que lo deseaba e iba a hacer todo lo posible por meterlo en su cama, tener el mejor sexo de su vida y llorar luego cuando él se fuera.

El paseo le había sentado bien a Rubén. En realidad, lo que le había sentado de fábula era pensar en todo lo que le iba a hacer a Merche en cuanto la tuviera a tiro. No recordaba haber fantaseado tanto con una mujer. Cuando tenía ganas de darse una alegría, iba de caza, le echaba el ojo a una que estuviera dispuesta y, ¡zas!, ya estaba. No solía tener problemas. Donde ponía el ojo... Pero con Merche la cosa era diferente y no entendía por qué. No era una chica más con la que pasarlo bien; era una mujer que le despertaba su vena más juguetona, más apasionada, más posesiva..., y eso lo dejaba descolocado totalmente.

Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus tejanos y llamó a Bruno para avisarlo de que estaba llegando. No le apetecía encontrar las nalgas de su hermano entre las piernas de Dani si aparecía de improviso.

—¡Hola, Rubén! —contestó Bruno al segundo tono.

—Hola. ¿Qué?, ¿puedo subir o todavía os queda alguna superficie de la casa sin «aprovechar»?

—Alguna queda, sí —se carcajeó el fotógrafo—, pero sube. No nos encontrarás desnudos y sudorosos.

—¿Seguro? Mira que a mí el porno no me va mucho.

—Seguro. Estamos preparando algo de cena. Hasta yo tengo que descansar de vez en cuando —bromeó Bruno—. Y eso de que no te va el porno no se lo cree nadie.

—Dentro de tres minutos estoy ahí —anunció Rubén mientras rebuscaba las llaves en el bolsillo—. Si todavía no estáis presentables, ése es el tiempo que os queda.

—¡Venga, pesado! —exclamó su hermano divertido. De fondo se oyó una voz femenina preguntando por la sal—. En el armario que está sobre la encimera —contestó él tapando el altavoz del teléfono—. Y tú, sube de una vez.

Rubén cortó la comunicación con una sonrisa. Su hermanito había cambiado mucho de estado de ánimo desde el viernes pasado. Se lo notaba feliz. No debía de ser algo tan malo estar enamorado si el resultado era ése. Pensó en Merche sin saber por qué. Pero él no estaba enamorado. No. Sólo quería comérsela entera y empujar entre sus piernas hasta no poder más, hasta que ella le pidiera clemencia.

Subió los escalones corriendo. De repente, se sentía renovado. La idea de tenerla a su disposición le resultaba muy atractiva, aunque no tuviera el plan de ataque todavía bien elaborado.

Al abrir la puerta del piso, el aroma a orégano y a tomate le dio la bienvenida y, a pesar de que no hacía ni una hora que había cenado, se le despertó el apetito. Oyó risas provenientes de la cocina y se dirigió hacia allí.

—¿Estáis visibles? —preguntó divertido mientras se acercaba.

—Sí, plasta —contestó la voz de su hermano—. Anda, pasa, que estamos terminando la salsa de los espaguetis.

—Huele bien —afirmó al entrar.

Dani estaba de pie, revolviendo el contenido de la sartén. Bruno, con los platos en la mano, miraba por encima del hombro de su chica, observando cómo movía la cuchara de madera como excusa para apoyarse en su trasero.

—Os he preguntado si estabais visibles —se quejó Rubén al ver la actitud «cariñosa» de su hermano.

—¡Y lo estamos! —rio Bruno—. Sólo quería ver qué tal va la cena.

—Sí, sí, la cena... —Entró decidido y le quitó los platos de las manos—. Anda, déjame a mí. Tú, mejor ayudas a Dani con lo que está haciendo.

La pasta estaba deliciosa. Su cuñada, como Rubén había empezado a llamarla incluso antes de conocerla, cocinaba que daba gusto. Entre espagueti y espagueti, había intentado sonsacarle a Dani alguna información sobre Merche, pero ella no le resolvió muchas dudas. Eran amigas desde hacía años, por pura chiripa trabajaban juntas... y poca cosa más. Él no quería que sospecharan de lo que fuera que se cociera entre Merche y él, así que no insistió cuando vio que no podía sacarle nada útil.

Se retiró pronto a su habitación. Apenas recogió la mesa y ayudó a dejar la cocina en orden, se despidió de los tortolitos y se encerró en la intimidad de su dormitorio.

Merche no podía conciliar el sueño. Una tarde/noche con Rubén... sin sexo y era el tiempo más excitante que recordara haber compartido nunca con un hombre. Él hacía que le subiera la temperatura con sólo mirarla. Su voz, terriblemente sensual, la derretía por dentro y la mojaba por fuera... No lo entendía. Llevaba tres días sin entender qué le pasaba con ese profesor alto, con un cuerpo como para parar el tráfico, atractivo sin llegar a ser el típico guaperas, con unos labios mulliditos que le pedían a gritos «Bésanos», y esa voz... No, no sabía qué le pasaba, pero le pasaba.

Tumbada en la cama, esperando que el sueño decidiera hacerle una visita, fantaseó sobre cómo sería acostarse con él. Si era tan bueno en la cama como prometía su aspecto..., debía de ser una bomba de esas que te dejan para el arrastre..., y a ella le apetecía mucho que la dejaran deshecha después de un buen revolcón. Llevaba meses sin sexo y su cuerpo lo estaba pidiendo a gritos. Pero sólo Rubén la había hecho darse cuenta de ello. Los besos discotequeros sabían a monotonía, y no era eso lo que le apetecía tener. No. Lo que quería era que un hombre se ocupara de su cuerpo y no dejara un rinconcito sin saborear. Lo que quería era sentir que la miraban a los ojos y la hacían sentir mujer... Desde luego, Rubén lo había conseguido en las dos ocasiones en que habían estado juntos, y sin haberle puesto una mano encima. ¡Mierda! Se le estaba yendo la cabeza, pero, recordándolo, no pudo evitar que su mano vagara por su vientre hasta encontrar su monte de Venus y, desde ahí, descender hasta sentir su propia humedad... La tentación de jugar con consigo misma era enorme en ese momento, pero Merche se obligó a retirar la mano. Quería estar desesperada cuando Rubén empezara con ella. Si sólo iba a tener una vez con él, quería que fuera memorable en todos los sentidos, y el estar ansiosa sería un valor añadido.

Se durmió frustrada pero esperanzada a la vez. Al día siguiente iba a tener una sesión de sexo épica. Estaba decidida.

Rubén se despertó temprano. Había pasado la noche en un duermevela en el que las imágenes de Merche sentada sobre su miembro se mezclaban con los sueños en los que ella le besaba los testículos... Tanto sexo imaginado había hecho estragos en su cuerpo. Estaba duro como el granito, y no era la mejor manera de comenzar el día.

Comprobando que Dani no andaba cerca y que su hermano tampoco parecía dar señales de vida, fue al baño para darse una larga ducha... fría. Pero, una vez allí, pensó que sería preferible que no estuviera tan quemado cuando se encontrara con Merche. Con el tiempo que llevaba sin estar con una chica, no quería correr el riesgo de ser Billy *el Rápido*. Esa mujer le gustaba y, si sólo la iba a disfrutar una vez, lo haría como se merecía. Así que, en lugar de abrir el grifo del agua fría, templó la temperatura, se metió en la ducha y se dio un homenaje recordando las redondeces que se intuían a través de la ropa de Merche.

Salió renovado. Se secó un poco y se anudó la toalla alrededor de la cintura.

—Buenos días, Rubén —saludó Bruno bostezando y frotándose los ojos—. ¿Me has dejado agua caliente? Tengo que estar listo dentro de una hora. He quedado con el editor y no voy a ir oliendo a salvaje.

—Sí, te he dejado —respondió él, hablándole como a un niño pequeño—. Oye, ¿puedo acompañarte? No tengo ganas de pasarme el día solo.

—De acuerdo. Prepara algo de desayunar mientras me ducho. —Bruno volvió a bostezar—. Un café bien cargado y lo que quieras.

—¿Qué?, ¿Dani es demasiado para ti? —preguntó Rubén mientras iba a su habitación.

—Anda, imbécil, vístete, haz un café y no hables de cosas de mayores —dijo su hermano enseñándole el dedo medio a la espalda.

La cocina olía a café y a tostadas. Rubén estaba de pie, apoyado en la encimera con una taza de té entre las manos y la mirada ausente. Al entrar, Bruno detectó que algo se estaba amasando en la cabeza de su hermano, lo conocía muy bien. Atravesó el vano, fue directamente a por una taza y, cogiendo la cafetera, se sirvió un café mientras se apoyaba en el mármol a su lado.

—¿Qué bulle por esa cabezota? —preguntó dándole un codazo en el costado.

—Nada.

—Venga, déjate de historias y dime qué te pasa.

Rubén suspiró profundamente, dio un sorbo a su bebida y giró la cabeza para mirarlo a los ojos. Meditó un momento antes de hablar.

—En serio, no pensaba en nada en concreto. Tal vez en que dentro de dos días cogeré un avión y me separaré de todo lo que tengo aquí. —Bebió otro sorbo antes de añadir—: Es difícil vivir a caballo de dos vidas. Me encanta Dublín. Mucho. Pero echo de menos todo lo que hay aquí: nuestros padres, los amigos... y a ti —concluyó devolviéndole el codazo a Bruno.

—Hermanito, te estás ablandando.

—Sí, ablandando... Me gustaría verte a ti allí solo. Que está bien un tiempo, no te lo voy a negar, pero llevo ya casi cuatro años en Irlanda. —Se acabó el té y dejó la taza en el fregadero—. Y eso que tengo suerte con la gente que conozco.

—Pues vuelve. Aquí te esperamos con los brazos abiertos, lo sabes.

—Lo sé. Aun así, no volveré de momento. Mi trabajo y mi casa están allí. Aquí, con lo precario que está todo, quién te dice a ti que no tengo que volver a vivir con papá y mamá..., y eso sería..., bueno, tú ya me entiendes.

—Te entiendo —dijo Bruno abriendo mucho los ojos asustado—. Mucho amor paternal —remarcó.

—Bueno, dejemos los temas serios para otro rato. Vas a llegar tarde a tu entrevista y todavía me echarás la culpa a mí.

—Sí, vamos.

Bruno dejó su taza vacía junto a la de su hermano, cogió una tostada y salió de la cocina masticando el pan.

A Merche se le pegaron las sábanas aquella mañana. Tuvo el tiempo justo para una ducha rápida y poco más. Salió de su casa disparada hacia el bus, que cogió por los pelos, y al llegar a su destino, pidió un café en vaso de cartón en el bar junto a su empresa y subió la escalera dando pequeños sorbitos para no quemarse.

Aquel día tenía mucho trabajo, por suerte. Aun así, no pudo dejar de pensar en Rubén y en lo que iba a hacer con él, si se daba la ocasión. Y estaba decidida a que se diera.

A media mañana, con un fajo de papeles bajo el brazo, fue a ver a Dani.



—Hola —la saludó al cruzar su puerta—. Te traigo el nuevo baremo para el seguro de hogar que nos han enviado de la central. —Dejó los folios sobre la mesa de su amiga, que los miró con fastidio, y se sentó—. No entiendo a qué viene que lo cambien si es prácticamente igual que el anterior.

—Seguro que han hecho un estudio y han detectado que se les escapaba algo de beneficio —contestó su compañera alargando el brazo para hacerse con los documentos y echarles un rápido vistazo.

—Supongo que tienes razón. —Merche calló un momento paseando la mirada por toda la habitación. Quería saber cosas de Rubén, pero no sabía cómo averiguarlas sin parecer demasiado interesada—. ¿Qué tal con Bruno? ¿Lo viste ayer?

—Sí. He dormido en su casa. Verdaderamente, no entiendo cómo he podido estar tanto tiempo sin él. —Dani se recostó en su silla giratoria y suspiró cerrando los ojos—. Es la leche. Me siento en la gloria cuando estoy con él..., y no sólo cuando hacemos el amor, entonces ya es la repera, sino cuando vemos una película acurrucados en el sofá o cuando preparamos la cena juntos o...

—Para, para. Tanto azúcar me va a dañar los dientes —se carcajeó Merche—. ¡¿Quién me lo iba a decir?! Nuestra independiente y distante Dani se nos ha vuelto una cándida enamorada.

—Pues sí. ¿Quién nos lo iba a decir? —sonrió ella retrepándose en su asiento—. Algún día te pasará a ti y también yo me reiré de lo lindo recordando a la devorahombres que eres ahora.

Merche sintió una punzada en el estómago. Su farsa era tan buena que nadie sospechaba que, en realidad, no era ni de lejos esa frívola y lujuriosa mujer que todos creían.

—Y ¿qué?, ¿os iréis a vivir juntos?

—Supongo que sí. No es como si empezáramos a conocernos precisamente, ¿no? —Dani sonrió otra vez, sonrojándose ligeramente—. Ya conozco a su hermano, y pronto, quizá este fin de semana, comeré con sus padres.

—¡Vaya! Ahora os ha entrado la prisa, por lo que veo.

—Sí —dijo ella categórica apoyando los antebrazos en el borde de la mesa—. Mira, anoche, cuando estábamos terminando de hacer la cena, apareció Rubén, que había ido de «paseo» por orden de su hermano. —Negó con la cabeza divertida—. El caso es que nos sentamos los tres a la mesa, charlamos, reímos, y me encantó formar parte de esa camaradería familiar que hay entre ellos.

Merche no pudo evitar un suspiro hondo acompañado con un movimiento de

hombros.

—Idílico —dijo toqueteando los papeles que acababa de llevar.

—Pues sí. Rubén es casi tan adorable como Bruno..., y muy guapo también. Me hicieron reír de lo lindo con sus piques y sus bravuconadas.

—¡Vaya, qué suerte la tuya!

Sin saber por qué, Merche sintió un pinchazo de celillos. No tenía motivos: Dani estaba loca por Bruno y, ciertamente, Rubén era... ¡Ufff..., lo que era! Pero el hecho de que su amiga hubiera compartido aquel rato con él después de que la hubiera dejado a ella no le resultó muy agradable que digamos. Tal vez no era tan buena idea dejarse ir... ¡Anda ya! Pues claro que lo era. Era una idea fantástica. En dos días se iba, ¿no? Pues a disfrutar se ha dicho, y si luego se comía la olla recordándolo, pues tampoco pasaba nada, ¿no? Y si le gustaba mucho, mucho, muchísimo compartir sábanas con Rubén..., ya se le ocurriría una manera de quitárselo de la cabeza, ¿no? A pesar de que, sin haberse acostado con él todavía, ya era difícil apartarlo de allí.

—Sí, mucha. Es una lástima que se vaya tan pronto. Ni siquiera va a estar en mi «presentación» formal a sus padres. —Dani sonrió negando con la cabeza, dio una palmada y, cogiendo de nuevo los documentos que le había llevado su amiga, añadió —: Bueno, dejémonos de historias, que así no sale el trabajo ni en sueños. A ver, déjame que le eche un ojo a esto que me traes.

Dedicaron lo que restaba de mañana a los nuevos baremos, decidiendo a quién y cuándo aplicarlos. Al acabar, Dani se disculpó por no poder comer con Merche como solía hacer, pero tenía que resolver unos asuntos relacionados con su abuela y no tenía idea de si iba a tener tiempo de comer siquiera.

Merche se quedó sola, compuesta y sin novio. No le apetecía ir sola al bar, pero menos aún quedarse en el despacho trabajando y sin meter algo en el estómago.

Bajó a la cafetería con el bolso colgado del hombro y el ánimo arrastrado por los suelos. Si bien la idea de darse un revolcón con Rubén era una tentación en la que tenía claro que iba a caer, el hecho de que no hubiera nadie especial en su vida la roía por dentro. Y eso que nunca antes se lo había planteado. Hasta que vio lo agradable que podía ser estar con un hombre que sólo tuviera ojos para una sola mujer, como Bruno miraba a Dani, no se dio cuenta de cómo echaba de menos ser única para alguien... Pensó en Rubén y, acto seguido, apretó los labios con rabia por ser tan estúpida. Él era un tío más. Uno que le apetecía, sí, pero uno más. A pesar de que no hubiera tenido tantos como intentaba hacer creer, tampoco es que se hubiera mantenido monjil toda su vida, que digamos. Así que, una vez sentada a la barra de la

cafetería, se echó el pelo hacia atrás con determinación y decidió (o se obligó a decidir) que esa noche la pasaría gimiendo entre los brazos de Rubén; si se daba el caso, al día siguiente haría lo mismo, y no volvería a pensar en tonterías románticas. Y, por un momento, hasta consiguió creérselo.

Estaba consultando su correo personal en el móvil mientras le daba mordisquitos al sándwich vegetal que había pedido cuando el aparato empezó a vibrar al ritmo de *Decode*,<sup>[2]</sup> de Paramore. Casi se le cae de las manos del susto. Dejó el pan sobre el plato antes de mirar la pantalla; un nombre resaltaba en letras blancas sobre fondo azul eléctrico: «Rubén».

—¡Hola! ¿Te pillo mal? —se oyó a través de las ondas.

—No —carraspeó Merche para despejar el último bocado de la garganta, y repitió—: No, qué va. Estoy en la hora de descanso.

—Mejor. No me gustaría interrumpirte si estás liada.

—Ya, ya. —Se dio un golpe en la frente con la base de la mano. ¿Cómo podía ser tan lerda?—. No te preocupes, no me interrumpes.

—Bueno, te llamaba para preguntarte si te apetecería volver a quedar esta noche conmigo. —Rubén hizo una pausa para coger aire y continuó—: Los tortolitos necesitan intimidad de nuevo..., que, vamos, ya podrían esperar a que me fuera el jueves, pero no. Al parecer..., no pueden.

—Está bien —aceptó ella un poco molesta. Parecía que sólo la llamaba porque no tenía adónde ir—. Si no tienes a nadie más...

—Tengo. Pero prefiero quedar contigo —rectificó él enseguida. De haber tenido una pared cerca, se habría dado de cabezazos contra ella al notar el tono seco con que había contestado Merche—. Me apetece mucho verte, la verdad.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Ella no sabía cómo interpretar aquella frase. Le había molestado que él la llamara para matar el tiempo. Pero, al parecer, no era así. La llamaba porque «le apetecía mucho verla». Sus labios se arquearon en una sonrisa... maliciosa. Ésa era su oportunidad y no la iba a dejar escapar.

—De acuerdo. ¿Qué te parece cenar en mi casa? No soy una chef internacional de ésas, pero cocino bastante decentemente. —Tiró el anzuelo, a ver si pillaba al pez.

¿Cómo? ¿Había oído bien? Merche se lo estaba poniendo en bandeja de plata. Y el manjar era ella, sin duda. Bueno, jugaría al gato y al ratón un poco hasta lanzarse a comérselo «todo»..., empezando por esos pechos prietos y redondos que se adivinaban bajo su ropa.

—Por mí, perfecto —dijo casi cantando de lo contento que estaba con la

propuesta—. ¿Quieres que lleve algo? —«Aparte de condones, claro», pensó.

—No, no hace falta. —«Bueno, pasa por una farmacia antes de venir y cárgate de condones», le contestó Merche en su cabeza.

—Insisto.

—Está bien. Una botella de vino, por ejemplo.

—¿Qué cenaremos? —«Aparte de comerte enterita», se dijo él, y se relamió al pensarlo.

—Había pensado hacer raviolis de salmón con salsa *di mare*... —Merche se mordió el labio dudosa—. Si te parece bien...

—Perfecto. Me parecería perfecto cualquier cosa que hicieran tus manos. —«Toma directa...»—. Entonces, si cenamos pescado —«y otras cosas más apetitosas»—, llevaré un albariño... o dos.

Ella se atragantó al oírlo. Miró a todos lados, temerosa de que alguien notara el rubor de sus mejillas y el calor entre sus muslos. Cogió su botella de agua y le dio un buen trago antes de volver a hablar:

—De acuerdo. Un albariño estará bien.

Sin mucho más que añadir, se despidieron después de quedar a las ocho y media en casa de ella.

Faltaba un minuto para la hora convenida cuando sonó el interfono. El agua hervía, la salsa se terminaba de hacer y la mesa puesta ya los esperaba. Merche se dirigió a abrir con la excitación corriendo por sus venas; volver a verlo, sabiendo lo que tenía planeado como postre, era un acicate para no hacerlo esperar.

Lo aguardó en la entrada, apoyada en el quicio de la puerta para que sus piernas dejaran de temblar. ¡Cualquiera pensaría que era su primera vez! Y, ciertamente, lo era: su primera vez con Rubén, aunque esperaba que no fuera la última. Todavía tenían el día siguiente para... «No vendas la piel del oso antes de cazarlo, Merche», se dijo. No tenía la certeza de que sus planes para esa noche llegaran a buen puerto. Lo que sí tenía claro era que iba a intentarlo con todas sus fuerzas y que desplegaría todas sus armas para conseguirlo. De hecho, ya había empezado a desplegarlas antes de que él llegara. Se había vestido provocativa sin caer en la vulgaridad; elegante y sexy, marcando sus formas sin que resultara obvio. Una pincelada de lo que le esperaba a Rubén si se decidía a quitarle la ropa que la cubría.

Al salir del ascensor y encontrarse con semejante imagen, a él se le escapó un

silbido de admiración.

—¡Vaya, estás preciosa!

—Gracias —contestó Merche más tímida de lo que pretendía—. Pero entra, por favor, no te quedes ahí.

Lo dejó pasar a su fortaleza, su refugio, antes de seguirlo y cerrar la puerta.

La suerte estaba echada.

## Capítulo 2

Merche lo guio hasta la sala donde iban a cenar.

—Está fría, pero, si quieres, puedes meterla en la nevera hasta que cenemos — sugirió Rubén dejando la botella que llevaba en el centro de la mesa.

—Ponte cómodo —dijo ella señalando con la cabeza el sofá—. Vuelvo enseguida. Voy a terminar la cena, que ya está casi lista.

Desoyendo su invitación a sentarse, él la siguió hasta la cocina.

—Ya te he dicho que no soy una gran cocinera, no esperes gran cosa —afirmó Merche mientras sacaba de un armario alto un paquete de raviolis—. ¿Tienes hambre?

«Es ahora o nunca», pensó Rubén. Se acercó despacio hasta quedar a escasos centímetros de ella e, inclinándose para hablarle al oído, le susurró:

—Sí. Pero de tus labios.

Merche se volvió como un resorte para encontrarse con un pecho musculoso cubierto por una camisa negra. Alzó la cabeza y a punto estuvo de caer sobre la encimera que tenía detrás. Rubén, inclinado sobre ella, la miraba como si realmente quisiera devorarla; los ojos oscurecidos por el deseo, los labios entreabiertos reclamando un beso...

Con tranquilidad, él se enderezó, alargó el brazo y apagó el gas. El agua, que hervía, dejó de borbotear al instante. Merche observó el movimiento de la mano mientras su corazón tomaba el relevo al líquido de la olla.

—Desde que te vi el viernes, no he dejado de fantasear con todo lo que te haría de tener la oportunidad. Me voy antes de dos días y no quiero marcharme preguntándome a qué sabrán tus labios. —La miraba tan intensamente que, literalmente, Merche creyó derretirse.

—A mí me pasa igual —confesó a media voz. La boca se le secó y tuvo que tragar antes de añadir—: Y no sólo tu boca.

Parecía imposible, pero los ojos de Rubén adquirieron un verde todavía más intenso. Sin pensarlo, le pasó una mano por la espalda y la apretó contra su cuerpo mientras con la otra enredaba los dedos en su melena y la acercaba a sus labios. La besó como nunca antes la había besado nadie. Era el beso de un hombre, no el de un muchacho, el que se había apoderado de su boca, de su lengua y de su sentido.



—¿Tu habitación? —reclamó él al separarse.

Merche no contestó. Lo cogió de la muñeca y lo guio por el apartamento en dirección a su dormitorio. Al pasar junto a la mesa preparada para la cena que no iban a tomar, Rubén cogió la botella de vino. Al verlo, ella hizo lo mismo con las dos copas y siguió su camino.

Rubén no había prestado atención a la decoración del piso; su mirada había estado fija en Merche desde que había llegado, pero al entrar en la habitación, echó un vistazo rápido a la estancia. La cama, a la derecha, dividía el espacio en dos. A cada lado había una mesilla, una de ellas con un libro como único adorno. En la pared frente a la puerta se abría una ventana a la calle cubierta por un estor beige, a juego con la colcha. En la pared de la izquierda había un gran armario con puertas de espejo. «Será muy erótico vernos arrugando las sábanas», pensó mientras recorría los pasos que los separaban de los pies de la cama.

Merche se detuvo al llegar al borde del colchón y lo miró con ojos de pilla antes de volverse hacia él.

—Mi cama es muy cómoda —sonrió invitadora con la cabeza inclinada a un lado—. ¿Lo quieres comprobar?

No obstante, fue otra cosa la que él probó, ¡y de qué manera! La besó de tal forma que Merche creyó morir de gusto. La boca de Rubén sabía..., bueno, no sabía a qué sabía, pero, desde luego, no había catado otra igual. Emanaba un aroma que la puso a tono en cero coma..., si es que no lo estaba ya antes. Además, la abrazaba con tal fuerza que no le costó adivinar qué era aquel bloque de puro granito que se le clavaba en el vientre, aumentando su predisposición a dárselo todo, todo, todo.

Él, con cara de gato que acaba de cazar un ratón, se sentó sobre la colcha y, tirando de ella, la sentó en sus rodillas para volver a besarla como si no un hubiera un mañana. Hundió la lengua en su boca para buscar la suya, paladearla y jugar con ella. Sin darse cuenta de cómo había sido, descubrió que el sujetador (sexy y provocativo) que se había puesto para levantarle la... «moral» estaba desabrochado por debajo del vestido y las manos de Rubén lo separaban de la piel para que sus hábiles dedos avanzaran por sus pechos. Los pezones duros como rocas los esperaban, y un suspiro de éxtasis escapó de sus labios cuando él los acarició primero, para sujetarlos entre el pulgar y el índice después.

A partir de ese momento, todo pareció tomar un ritmo frenético. Con un certero y rápido movimiento, Rubén se giró y la tumbó en la cama, encajando su erección en el centro de sus muslos. No dejaba de besarla, cada vez con más intensidad si cabe. Su

lengua entraba y salía, indagaba y saboreaba, bailaba y luchaba con la de Merche.

Se separó de ella un momento para ponerse en pie. Al hacerlo, mientras la miraba, se llevó la mano a la bragueta para recolocarse la bestia que escondía a la vez que se mordía el labio y entornaba los párpados.

—Estás para comerte entera.

A Merche le subieron los colores, no tanto por vergüenza, sino por el calor que se arremolinó en su interior cuando Rubén, como si quisiera cumplir con su amenaza, comenzó a desnudarla.

Despacio, paladeando el momento, se deshizo de los tacones que ella se había calzado para intentar recortar la diferencia de altura. Primero cayó uno con un ruido sordo, seguido casi al instante por el otro. De una patada, Rubén se quitó también sus zapatos. A éstos los siguieron primero el vestidito granate e, instantes después, las medias, que Rubén se encargó de deslizar sensualmente por las piernas femeninas.

Dejándola solamente vestida con el provocativo conjunto de ropa interior, con el sujetador abierto invitando a hacerlo desaparecer, él se separó entonces a regañadientes para quitarse la camisa y los tejanos, sin apartar los ojos de ella, como un león a punto de hincarle el diente a su presa.

Merche sintió como si esa mirada verde que la observaba le estuviera acariciando todos los rincones que recorría. Sin poder evitarlo, arqueó la espalda, sus pezones se irguieron y la piel se le erizó. Todo a la vez. Las ganas de sentir de nuevo el tacto de esos potentes dedos la deshacía por dentro y se reflejaba por fuera. Rubén supo interpretar el lenguaje de su cuerpo y le dio lo que le pedía.

La noche empezó con un baile de caricias, besos, susurros... y, conforme pasaban los minutos, se fueron sumando jadeos, mordisquitos provocadores, pulso acelerado... Luego se unieron respiraciones agitadas, contracciones deliciosas, y todo terminó en un grito compartido de placer. El orgasmo fue salvaje y liberador y, en cierta manera, mágico. Cuando sus alientos lograron encontrar de nuevo su ritmo y sus corazones recuperaron su compás, acabaron la noche como la habían empezado, con caricias, besos y susurros.

Abrazado a esa joven vivaracha, de labios tentadores y cuerpo para volver loco a cualquiera, mientras su mano recorría despacio su columna, Rubén fue consciente de que había abierto la caja de Pandora y que le costaría mucho volver a meter dentro todas las sensaciones que Merche le había hecho vivir en unas pocas horas. Le besó la cabeza, apoyada en su pecho, cerró los ojos y se encomendó a los dioses para que no le hicieran sufrir demasiado su ausencia cuando volviera a Irlanda.

Ella sentía los dedos de Rubén recorrer su cuerpo mientras, acurrucada, se inundaba de su olor. El hombre que tenía bajo su mejilla no se parecía en nada a los chiquillos con los que se había acostado hasta el momento. Estaba acostumbrada a cinco empujones, tres resuellos y un «Ahhhh» final. Con él, en cambio, todo había sido diferente: un estallido nuclear precedido de toques sublimes, lengua experta y hábil, gruñidos demandantes y envites certeros, contundentes y demoledores. Había sido el mejor polvo de su vida, aunque llamarlo así no era la mejor manera de definirlo. Había sido mucho más que un simple y pasajero polvo. Se había quedado en su cuerpo y en su corazón. Rubén se había quedado marcado en su piel como un tatuaje imborrable. Ese hombre era un mago con las manos, un genio con la lengua y un dios con... Pero, sobre todo, era un hombre que sabía cómo tratar a una mujer para dejar huella en su recuerdo.

Se sentía agotada pero feliz. Sonrió perezosamente, sin fuerzas, depositó un beso en el cálido pecho que la cobijaba y, sintiendo que en su vida volvería a vivir un momento tan fascinante como aquél, se fue quedando dormida.

Rubén también se durmió, aunque mucho más tarde. Acariciar aquella piel, a la que pronto tendría que decir adiós, era demasiado tentador como para dejarse seducir por el sueño. Pero la extraña sensación de que esa noche compartida entre sábanas, con sexo loco y sueño dulce, sería lo mejor que se llevaría en la maleta cuando volviera a Dublín no dejaba de rondarle.

Se despertaron a un tiempo, sincronizados tal como había sido el sexo de la noche anterior y el sueño que lo siguió. Tomaron un zumo y una tostada y salieron antes de las siete y media. En el portal, se despidieron con un beso demoledor (que de poco obliga a Merche a volver a subirlo a su piso) y un «Luego te llamo».

Rubén llegó a casa de su hermano poco después de que Dani se hubiera ido. Lo encontró en el salón vestido únicamente con un bóxer blanco de algodón, inclinado sobre unas fotografías extendidas sobre la mesa, con una taza de té en una mano y la otra distraída en su pecho.

—Bonito culo, sí, señor —dijo cruzando los brazos y apoyándose en el marco de la puerta fingiéndose embobado por la estampa.

—¿Se puede saber dónde coño te habías metido?

—Buenos días a ti también, hermanito. Te recuerdo que aquí el mayor soy yo, no necesito sermones —dijo Rubén, fingiéndose ofendido a pesar de que la comisura de sus labios lo desmentía.

—Ya, pero no dijiste nada y me extrañó que no volvieras.

—Confiesa. Has estado preocupado por mí. ¡Qué tierno! Y que parecido a doña Aurora, tu señora madre —se carcajeó Rubén entrando en la sala.

—Y la tuya, mamón —rio su hermano enseñándole el dedo corazón bien recto.

—¿Qué? ¿Una noche movidita? —preguntó entonces Rubén recorriéndolo con la mirada y descubriendo lo arrugada que estaba su ropa interior.

—Supongo que tanto como la tuya, ¿no? ¿Qué tal ha ido? ¿Está buena?

Rubén suspiró y dio media vuelta para encaminarse a la cocina.

—Voy a prepararme un té, ¿quieres otro? —dijo señalando la taza casi vacía de Bruno con la cabeza.

—No te escaquees y cuenta —exigió su hermano mientras lo seguía a la cocina—. Y sí que quiero otro té. El agua debe de estar todavía caliente.

—No seas chapuzas, Bruno. El té se hace con el agua hirviendo, no caliente —informó Rubén, volviendo ligeramente la cabeza por encima del hombro.

—Venga, no desvíes el tema, que te conozco. Cuenta.

Sin contestarle, puso la tetera en marcha, sacó su taza del armario, eligió una bolsita de té de la gran variedad que tenía su hermano y esperó a que el agua estuviera lista. Mientras, Bruno lo miraba con el ceño fruncido, la taza en la mano y cambiando impaciente el peso de un pie al otro.

Con toda la parsimonia del mundo, intentando retrasar al máximo las respuestas que esperaba su hermano, Rubén le arrebató la taza para ponerle una nueva bolsa de té. Lo eligió él; si al pequeñajo no le gustaba esa infusión, pues... dos piedrecitas.

Bruno se sentó a la mesa y esperó a que las bebidas estuvieran listas para pedirle a Rubén que lo imitara.

—Venga, no te hagas el interesante, que todos sabemos lo que es una noche loca.

—La he fastidiado, Bruno —confesó entonces él alzándose de hombros.

—Joder, Rubén, no me asustes. ¿No has usado condón o algo por el estilo?

—¿Existen condones para el alma?

—¡No me jodas! —exclamó Bruno sabiendo a lo que se refería.

Lo habían tocado en el centro mismo y eso era duro, sobre todo teniendo en cuenta que, al día siguiente, su hermano cogía un avión para desaparecer de Barcelona hasta no se sabía cuándo.

Merche llegó a la oficina con el corazón pegando brincos. Saber que volvería a ver a Rubén, después de la noche tan intensa que habían compartido, la llenaba a la

vez de un terror horrible y una emoción enorme. Volver a sentir, aunque supiera que sería por última vez, el deseo desenfrenado que había descubierto con él, sus manos repartiendo placer por donde pasaban, su lengua dejando regueros incendiarios allí donde se posaba, su olor despertando los más básicos instintos que la llevaban a abrirse a él..., y su voz, que cada vez que sonaba era como un canto para sus oídos.

—¿Qué haces? —preguntó Dani cuando, a media mañana, se presentó en su despacho.

—Terminando un presupuesto —contestó ella sin mucho entusiasmo.

—Estás seria. ¿Te pasa algo?

—No, nada —mintió Merche—. Liada, sólo eso.

—¿Comemos juntas?

—Sí —fue su escueta respuesta.

Dani no dijo nada más. Estaba claro que a Merche le pasaba algo, pero si prefería mantenerlo en secreto y no compartirlo, no iba a insistir. Ya se lo diría cuando lo creyera conveniente. Eran amigas, y una amiga respeta las decisiones de la otra.

Durante la comida, Merche tampoco se mostró mucho más comunicativa. Estaba ausente y poco habladora, y tanto despiste terminó por molestar a Dani.

—Pero ¿se puede saber qué narices te pasa?

Merche la miró extrañada. No se había dado cuenta de su actitud. De hecho, ella pensaba que estaba disimulando perfectamente todo lo que se le arremolinaba en la cabeza: Rubén, básicamente. Volvería a verlo esa noche para despedirse definitivamente de él y no le gustaba en absoluto la sensación de pérdida que tenía. Rubén era un tío más, ¿no? Sí, era cierto que desde que lo había visto por primera vez había sentido algo desconocido. Sí, también era cierto que en su vida jamás había disfrutado con un hombre como lo había hecho con Rubén (después de estar con él, tenía claro que sus anteriores compañeros de cama no eran más que simples aficionados). Sí, además tenía la extraña sensación de que sería muy difícil encontrar un amante que lo igualara... Pero todo eso no era motivo para sentirse desamparada por su marcha, ¿no?

—A mí no me pasa nada. No sé por qué lo dices —afirmó encogiéndose de hombros y tratando de disimular sus pensamientos.

—Mira, si no quieres decírmelo, pues vale. Pero no intentes hacerme creer que no te pasa nada porque te conozco y sé que no es verdad.

—En serio, Dani. No...

Sin dejarla continuar, su amiga se puso en pie, recogió su bolso del respaldo de la

silla y, con gesto serio, se inclinó hacia ella.

—No me tomes por tonta. Entiendo que no quieras decirme qué te pasa. Lo entiendo, en serio. Pero que me engañes no lo puedo aceptar. Cuando quieras hablar conmigo, lo haces con la verdad por delante. Nunca nos habíamos mentido, y la sensación de que... Déjalo, ya hablaremos. Pero, por favor, sé honesta cuando lo hagamos y, si tienes que decirme que me meta en mis asuntos, hazlo. Haz eso antes que soltarme una trola. —Y, dicho esto, se aproximó a la barra para pagar su consumición y, sin volver la vista, desapareció por las puertas de vidrio del local.

Merche permaneció sentada, siguiendo con la mirada a Dani mientras abandonaba el restaurante enfadada. Pero en vez de salir corriendo tras ella y explicarle... —¿qué podía explicarle, en realidad?—, permaneció en su silla disgustada por el rapapolvo que acababa de recibir de su amiga y con las ideas más liadas todavía por lo que a Rubén se refería.

La tarde fue un puro trámite, otra vez. Sólo esperaba que llegara la hora del cierre, correr a su casa y prepararlo todo para la visita del hombre que la había dejado trastornada desde el viernes anterior. Dani no fue a verla, y ella tampoco acudió a su despacho para disculparse. No tenía palabras que justificaran su actitud a no ser que volviera a mentir y, dado lo ocurrido en el restaurante, era mejor no intentarlo siquiera.

Rubén llegó a su casa poco después que ella. En cuanto cruzó el umbral y quedaron a solas, se lanzó a sus labios como si de un oasis se tratara. Absorbió su néctar, ahondó en su boca y recorrió con la lengua todos y cada uno de los rincones que escondía.

A trompicones, con los labios pegados y las manos viajando por el cuerpo de Merche, la condujo hasta la sala y la sentó en la mesa. Con dedos ágiles, le desabrochó uno a uno los botones de la blusa que no había tenido tiempo de cambiarse. Sin entretenerse, la apartó de su piel lo suficiente como para que sus pechos, cubiertos por un precioso sujetador blanco, quedaran a la vista. Los tomó con las manos, apretándolos con suavidad antes de acariciar con los pulgares la cúspide que los coronaba. Merche ronroneó como una gata mimosa, arqueándose para que accediera mejor a ellos. Apoyó las manos en la mesa, detrás de ella, y él aprovechó su posición para inclinarse y separar la tela que los cubría antes de que su boca tomara uno de los pezones y lo lamiera con devoción. La reacción de ambos no se

hizo esperar. Merche gimió de placer al sentir su lengua cálida y suave sobre tan sensible zona de su cuerpo; Rubén gruñó de satisfacción al introducirse en la boca hasta hacer desaparecer la aureola que lo rodeaba para acariciarlo de forma posesiva.

Sin querer esperar un minuto más para disfrutar con ella de lo que sus cuerpos eran capaces de crear, la cogió en brazos, abandonando por un instante el caramelo de sus senos, y la llevó a su habitación comiéndose su boca sabrosa y tentadora.

La depositó de pie en el suelo para observarla cuidadosamente de arriba abajo. Era la tentación hecha mujer. La blusa abierta mostraba sus pechos sobresaliendo por el sujetador, dejándolos a la vista. Eran magníficos, redondos como manzanas, y sus pezones le pedían a gritos que se los comiera. Por otra parte, el pantalón de paño que llevaba Merche encerraba un tesoro que Rubén estaba deseando descubrir de nuevo. Se mordió el labio con lujuria y entornó los párpados imaginando lo que estaba a punto de hacer con ella.

Merche también lo miraba presa de un deseo que no podía reprimir. Dio un paso en su dirección, alargó las manos y empezó a desabrochar la camisa azul que él llevaba, dejando al descubierto un torso fibroso sembrado de vello oscuro que discurría hasta más allá de la cinturilla de los tejanos. Acercó sus labios al hueco entre sus pezones y sintió el cosquilleo de las hebras rizadas en la mejilla. Levantó el rostro y se topó con unos ojos verdes hambrientos que la miraban. Rubén le cogió entonces la cara entre las manos y bajó hasta sus labios para besarlos con toda el ansia que sentía por esa mujer. Después se alejó lo suficiente para volver a estudiar su cuerpo.

—Desnúdate para mí —pidió apoyándose en el frío espejo del armario para contemplarla mejor y evitar la tentación de ser él quien le arrancara la ropa.

Con movimientos sensuales dignos de una bailarina de stripteis, Merche empezó a desnudarse despacio, incitándolo todavía más, por lo que Rubén no pudo resistirse a acariciar su miembro, preparado para hincarse en ella desesperadamente. A cada pieza de ropa que caía del cuerpo femenino, él se quitaba una también.

El juego, tan erótico que los estaba llevando a un estado de deseo difícilmente controlable, no duró mucho. Al verla sólo con las braguitas blancas, que hacían juego con el sujetador que acababa de quitarse, Rubén no aguantó por más tiempo. Se abalanzó sobre ella y la besó mostrándole cuánto la deseaba. Ella le contestó con el mismo ímpetu y pronto cayeron sobre la cama.

Él la cogió entonces por los brazos y la subió hasta la cabecera; poco a poco, le bajó por las piernas la única pieza de tela que la cubría, rozando su piel en el camino

y dejando una estela de deseo por donde pasaban sus dedos. Volvió a maravillarse de lo sensual que resultaba allí tendida, con su sexo sonrosado y dispuesto para él. Merche lo miraba provocadora, incitándolo a jugar a ese juego sólo para dos que habían iniciado, relamiéndose conforme sentía sus manos sobre su piel.

Pero ella también deseaba tocar. Necesitaba sentir bajo sus yemas la elasticidad de esos músculos que despertaban una fiera lujuriosa en ella; deseaba lamer aquella columna de carne firme y tersa que escondía los bóxers antes de que se adentrara en su cuerpo. Se moría por pasear los labios por sus testículos pesados antes de que se vaciaran en su interior. No lo pensó. Se incorporó en la cama e, impulsándose sobre él, lo tumbó de espaldas, dejando su boca muy cerca del elástico del calzoncillo y sus hombros justo en el centro de sus piernas.

Con mano certera, acarició de arriba abajo el miembro erguido antes de liberarlo. Lo cogió en el puño y comenzó a moverlo desde la base hasta la punta, donde lo besó. Primero fueron sus labios los que lo acogieron, luego su lengua se unió a ellos. Rubén gruñó y elevó las caderas para adentrarse en la sonrosada boca, que no tardó en admitirlo con un ronroneo.

—Me vas a matar —gimió con los ojos cerrados—. Sabes cómo martirizarme hasta volverme loco.

Merche siguió engullendo su pene mientras su mano continuaba mimándolo. Necesitaba sentirlo en todos los rincones de su cuerpo, y su boca era la primera parada.

—Si sigues así, terminaré antes de haber empezado. Ven —pidió con un deje de desesperación.

Girándose como una peonza, Rubén se colocó entre sus muslos para poder disfrutar él también de lo que encerraban. De ese modo, con el sexo de uno en la boca del otro, se dieron placer hasta que Merche explotó en un orgasmo que la obligó a parar lo que estaba haciendo.

A punto de seguir por el mismo camino, Rubén se giró de nuevo en la cama hasta quedar frente a sus ojos, que lo miraron tras las densas pestañas. La besó, hincando la lengua como deseaba hacerlo en su sexo, pero la dejó rehacerse.

—Eres adictiva.

—Hummm —murmuró ella con la paz que le había dejado el orgasmo.

—Me vuelve loco verte así. Tu cara, tu cuerpo..., toda tú relajada después de haberte corrido —confesó él a la vez que su mano encontraba su miembro y lo acomodaba en la entrada de Merche.



De un empujón, lo introdujo hasta la mitad. Otro más y lo coló por entero.

—Siénteme. Siente cómo entro en ti para inundarte de mí.

Merche abrió mucho los ojos; no estaban utilizando protección, y por un momento estuvo a punto de pedirle que parara. Pero no lo hizo. No pudo. El vaivén de las caderas de Rubén le hacía perder la cabeza. Sus labios sobre los suyos, el sentido...

Cuando él sintió que se acercaba, se retiró de su interior. Le dio la vuelta colocándola a cuatro patas y volvió a investirla desde atrás con movimientos enérgicos y certeros. Ella no tardó en notar que su sexo se contraía. Rubén tampoco. En el último momento, después de sentir cómo ella se deshacía en un nuevo orgasmo, salió de su cuerpo para dejarse ir sobre sus nalgas.

Merche amaneció abrazada a la cintura de Rubén, con la mejilla sobre su pecho. El vello de su torso le hacía cosquillas en la nariz, y la frotó disfrutando de su olor. Levantó la cabeza para verlo dormir. Era un hombre espléndido. Atractivo, cariñoso, divertido e inteligente. Pero, además, era un amante increíble. Después de la primera vez habían repetido en dos ocasiones más y en todas había tocado el cielo con los dedos. ¡Qué hombre! Si antes de acostarse con él intuía que lo echaría de menos en la cama, tras dos noches compartidas, ya no le quedaba ninguna duda. Y, lo que era peor, estaba segura de que también añoraría su compañía. Cerró los ojos y volvió a inspirar su aroma masculino. Sí, lamentaría haber estado con él por lo mucho que recordaría todo lo compartido a su lado. Y, a pesar de eso, no se arrepentía de haber tenido el sexo más alucinante de su vida, aunque no volviera a gozarlo nunca.

Mientras ella lo observaba, Rubén fue levantando los párpados con pereza hasta encontrarse con su mirada. Se sonrieron cómplices. Él alzó una ceja y miró su despierta entrepierna, lo que causó una carcajada en la chica.

—¿Tú no descansas nunca? —preguntó ella entre risitas.

—¿Tienes queja? —preguntó él a su vez, alcanzando sus nalgas con la mano.

—No —contestó Merche, poniéndose seria de repente—. Ninguna queja, señor amo del sexo —y volvió a reír sin poder evitarlo.

Como respuesta, Rubén se giró sobre ella y la atrapó con su cuerpo contra el colchón. La besó como había estado haciendo durante la noche, con un hambre de ella tan grande que dudaba poder saciar en un solo asalto. Pero, por desgracia, ya no había tiempo. Merche, lamentándolo muchísimo, miró el despertador. Era hora de ponerse en marcha si no quería llegar tarde al trabajo.

—Tengo que levantarme. He de prepararme para ir a trabajar.

—Un poco más, sólo un rato más —rogó él.

Y ella no pudo resistirse.

Se despidieron en el portal, después de compartir una ducha y un desayuno juntos. El beso de despedida fue mucho más tímido de lo que habían sido los anteriores. Mucho más.

—Cuando vuelvas por aquí, ya sabes dónde vivo.

—Sí. Lo sé.

—Nos mantenemos en contacto —se le escapó a Merche. No quería parecer desesperada por tener noticias tuyas, pero sabía que lo estaría.

—No lo dudes. —A Rubén le encantó la posibilidad de volver a hablar con ella, aun en la distancia—. Si pasas por Dublín —añadió con una sonrisa pilla—, házmelo saber. En mi casa..., en mi cama, siempre habrá sitio para ti.

Al oírlo, a Merche se le encogió todo lo «encogible». La idea le parecía de lo más atrayente. Y, sin darse cuenta, empezó a hacer planes para las vacaciones: ya tenía destino.

## Capítulo 3

*Dublín, un mes después*

Bajo la ducha, Rubén se descubrió volviendo a acariciarse una erección de caballo, algo que se repetía cada vez que recordaba a Merche. Su intuición no le había fallado. Haber estado con ella había sido devastador para su cordura. No había vuelto a acostarse con ninguna otra mujer desde la segunda y última noche que había pasado con ella. No le atraía lo que veía las escasas veces que había salido a tomar algo con los amigos. Tampoco es que antes de ella hubiera sido un ligón irremediable, era cierto, pero lo que le ocurría desde que había vuelto de Barcelona era diferente. Antes se acostaba con alguna chica cuando ya no aguantaba más, cuando su cuerpo le pedía saciar la sed de sexo que sentía. Entonces, buscaba a una que le gustara y, si tenía suerte (cosa que no era extraña), se daba una alegría.

Desde su vuelta, ni tan siquiera había percibido la necesidad de sentir a una mujer bajo su peso, si no se tenía en cuenta, claro está, el exaltado deseo que le despertaba recordar a Merche; su olor envolvente, sus susurros pidiéndole más, el calor de su sexo apretando el suyo... Volvió a frotarse el pene cada vez más desesperadamente deprisa hasta liberar sus testículos en la mano, haciendo con ello que se sintiera un poco más frustrado.

Había marcado el teléfono de Merche a los pocos días de regresar, pero finalmente se había acobardado y no había pulsado el botón verde. Cada vez estaba más enfadado consigo mismo. Era una chica, joder, sólo una chica con la que había compartido sexo... El problema era que había sido un sexo increíble, el mejor de toda su vida, y eso era difícil pasarlo por alto.

Terminó de ducharse tras haberse «amado a sí mismo» y se frotó con fuerza para secarse, a ver si de paso se arrancaba a Merche de la piel de una vez. Consiguió lo primero. Lo segundo fue imposible.

Oyó el teléfono cuando estaba poniéndose los calcetines sentado en su cama. Lo alcanzó alargando el brazo hasta la mesilla de noche, lo cogió y, sujetándolo entre el hombro y la barbilla para seguir con lo que estaba, respondió a la llamada.

—*Hello?*—dijo pensando que se trataba de algún colega del trabajo. Solían

llamarlo para recordarle alguna reunión del claustro o anunciándole un examen sorpresa para sus alumnos.

—Hola, Rubén —contestó la voz algo distorsionada de su hermano.

—¡Hombre, hermanito! ¿Cómo llamas a estas horas? —saludó él, francamente contento de oír a Bruno—. Me pillas de milagro. Estaba a punto de ir a la universidad. Tengo una clase dentro de una hora.

—Sí, perdona. Ya sé que para ti es un mal momento...

—Para hablar con mi hermano pequeño nunca es un mal momento —afirmó Rubén cogiendo el móvil con la mano ya con los calcetines puestos—. ¿Qué ocurre? ¿Papá y mamá están bien?

—Sí, no te preocupes. Ellos están genial. —Bruno carraspeó antes de volver a hablar—: Sólo te llamaba para darte una noticia.

—Dani se ha dado cuenta de que eres idiota y te ha dejado por un maromo cachas —se burló su hermano con una carcajada.

—Muy gracioso, sí, señor.

—Soy la alegría de la huerta —ironizó Rubén mientras seguía riendo—. Venga, en serio, ¿qué pasa? ¿Dani bien?

—Dani está tan bien como siempre..., o mejor.

—Hummm —ronroneó su hermano divertido—, esas dos pequitas...

—¡Que te calles, coño! —A Bruno lo ponía malo que Rubén se guaseara de él a costa de lo que sentía por Dani.

—Uy, perdón. ¡Con la Iglesia hemos topado! Tema Dani, intocable.

—¿Sabes qué? Que ya no te cuento por qué te llamaba. Ahora te quedas con las ganas, por mamón.

A pesar de lo mucho que se querían, era casi irremediable que se picaran el uno al otro. Era como un juego para ellos. Pero cuando Rubén percibió el enfado de Bruno paró de bromear.

—Venga, perdona. Dime de qué querías hablar conmigo —pidió volviendo a colocar el teléfono en su hombro para poder calzarse. Se le echaba el tiempo encima; no podía llegar tarde y hacer esperar a sus alumnos.

Algo más calmado, su hermano pequeño le contestó:

—¿Recuerdas que estaba preparando un libro sobre Barcelona?

—Sí —contestó él poniéndose en pie y dirigiéndose a la cocina, donde encendió la cafetera de cápsulas.

—¡Me lo publican!

—¡Bravo, hermanito! ¿Cuándo?

—Saldrá al mercado dentro de dos meses, pero necesitaba decírtelo.

—Gracias —dijo Rubén conmovido a la vez metía dos rebanadas de pan en la tostadora.

—Gracias a ti por ayudarme a montarlo.

—Venga, venga, que nos estamos poniendo en modo moñas —dijo él aguantándose a duras penas la emoción y el orgullo de hermano mayor.

—Sí, tienes razón, capullo —retomó Bruno los piques—. Bueno, tío. Hablamos.

Cuando estaba a punto de colgar, Rubén pensó en Merche y se le escapó:

—Por cierto, ¿habéis vuelto a ver a las amigas de Dani? ¿Habéis quedado otra vez con ellas y los chicos?

—No. Sólo hemos visto a Merche un par de veces. Dani dice que está rara desde hace un tiempo y ha insistido en que nos acompañe a tomar algo —le reveló Bruno—. Pero, claro, yo no la conozco de nada y no puedo opinar.

Esa información hizo que Rubén frunciera el ceño. ¿Sería...? No. ¿Cómo iba a ser que lo recordara tanto como él a ella?

—Bueno —dijo sacudiendo la cabeza para despejar la peregrina idea—. Bruno, tengo que dejarte. El trabajo me espera.

—De acuerdo. Ya hablaremos.

### *Barcelona, a esa misma hora*

—¡Merche, me tienes hasta los mismísimos! Y eso que no tengo —exclamó Dani disgustada—. No sé qué coño te pasa, pero desde hace un tiempo estas más rara que un perro verde.

—Ya te he dicho que estoy bien —respondió su amiga por enésima vez. Estaba sentada frente a ella, con la mesa de despacho entre ambas—. No sé cuántas veces te lo voy a tener que repetir.

—Carmen me llamó anoche y me dijo que no salías con ellas desde hace semanas. Están preocupadas.

—¡Pues que se despreocupen, joder! —Merche dio un golpe con la mano abierta sobre el mueble que las separaba—. Están empezando a agobiarme.

—Son tus amigas y se inquietan por ti, igual que yo.

—¡Pues dejad de hacerlo ya! —casi le gritó—. Perdona, Dani. No debería haberte

levantado la voz, pero es que sois todas muy pesaditas, en serio.

—Mira, Merche, he aguantado sin preguntarte qué narices te pasa. He respetado que no quisieras decirme qué te ha hecho cambiar de esta manera, pero me tienes ya cansada de esta actitud tuya. —Se giró para pulsar una tecla del ordenador para pasar de página y continuó—: Te quiero, lo sabes, y no entiendo por qué estás tan encerrada en ti misma, tan hermética. Si tienes problemas, compártelos conmigo e intentaré ayudarte. Pero debes contarme qué te pasa para poder hacer algo.

—No hay nada de qué preocuparse.

¿Cómo decirle que se había acostado con el hermano de Bruno y que desde ese momento no podía parar de pensar en él?

—Mira, Merche, dentro de unos días nos vamos de vacaciones y vamos a estar un tiempo sin vernos. No me gustaría marcharme sin saber por qué estás así.

—No lo pienses más —pidió ella poniéndose en pie—. Disfruta de tu tiempo libre, que yo haré lo mismo.

—¿Ahora te enfadas?

—No, claro que no. Pero entiende que esté cansada de oír siempre la misma cantinela, tanto de las chicas como de ti.

—¿De mí? ¡Pero si apenas te he preguntado!

—Ha sido suficiente. Entre las tres, no me dejáis tranquila.

—¡Está bien! No insistiré más, pero me decepciona la poca confianza que me demuestras.

—No es falta de confianza —mintió Merche recogiendo los papeles que había ido a buscar—. Simplemente no-me-pasa-nada —remarcó.

—Anda, no nos enfademos. No soporto estar enfadada contigo —confesó Dani levantándose también y acercándose a ella—. ¿Me das un achuchón y lo dejamos correr?

Merche no pudo ni quiso negarse. Necesitaba a su amiga, a pesar de no ser capaz de confesarle que su cuñado se le había metido en el alma. Se fundieron en un abrazo que las reconfortó a las dos.

—Por cierto, ahora que caigo, vas a Dublín, me dijiste, ¿no? —preguntó de pronto Dani.

—Sí, ¿por qué?

—Porque allí vive Rubén, el hermano de Bruno. Puedo pedirle su dirección y quedas con él.

Merche sintió un río de fuego que la atravesaba por entero. Precisamente iba a

Irlanda con la intención de encontrarse con él, pero no quería que su amiga lo supiera. Buscó una excusa para evitar que Dani lo alertara.

—No, déjalo. Si me encuentro con algún español no practicaré el inglés, que es mi intención.

—Lástima. Es un chico muy agradable. El pobre no puede venir a Barcelona este año porque tiene cursos de verano. —Dani caminó los pasos que la separaban de su sillón y, antes de sentarse, añadió—: Te daré su número de todas formas. Si te cansas de tanto *inglishpitinglish*, lo llamas. Le encantará.

Merche lo aceptó, a pesar de que ya lo tenía. Cualquier cosa antes que Dani sospechara nada. De todas formas, no estaba tan segura de que Rubén se alegrara de volver a verla. Más bien temía que no fuera así.

Salió del despacho de su amiga con el corazón encogido. Deseaba más que nada volver a encontrarse con Rubén, pero no las tenía todas consigo de que él sintiera lo mismo. Era cierto que le había ofrecido su casa... y su cama, pero bien podría haber sido una frase hecha, dicha sin la verdadera intención de cumplir. Por si acaso, ella había reservado habitación compartida en un albergue de estudiantes. Si Rubén se «desentendía» de ella, al menos no se vería tan sola en un país extraño.

### *Una semana más tarde*

Para Merche, era la última jornada laboral antes de empezar sus vacaciones. Dani, a la que todavía le quedaban unos días antes de iniciar el mes de descanso, y ella tenían todo el trabajo común terminado, y estaban dejando pasar juntas los últimos momentos que le quedaban a Merche en la oficina.

—Bueno, que te diviertas mucho con el traslado —le deseó a su amiga.

Dani y Bruno habían decidido que no querían estar más tiempo separados. Si bien era cierto que no hacía mucho que salían «en serio», no lo era menos que llevaban más de tres años mareando la perdiz, que se querían con locura y que era absurdo mantener dos casas cuando lo que deseaban era pasar la vida el uno al lado del otro. Por eso habían decidido que el tiempo en que sus obligaciones laborales les daban un respiro era el momento de lanzarse a la piscina e irse a vivir juntos. Como el piso de Bruno era bastante más grande que el de Dani y, además, el precio del alquiler estaba muy bien, desde el principio quedó claro que sería su lugar de residencia como pareja.

—¡Ya te vale, traidora! —se quejó Dani—. Nosotros de mudanza y tú pasándolo de muerte en Irlanda a base de Guinness y música celta.

—Perdóname, por favor. Si me lo hubieras dicho antes, habría cogido el vuelo para unos días más tarde —se disculpó Merche poniendo voz de niña pequeña—. En serio, me da coraje que me dijeras que te ayudara cuando ya tenía los billetes comprados —bajó los ojos apenada—, y no son canjeables.

—¡Qué sí, tonta! Que no hay nada que perdonar. —Dani arqueó las comisuras de los labios hacia arriba—. Además, las chicas y los amigos de Bruno, aquellos que conocimos el día que me reencontré con él, nos han dicho que nos echarán una mano. Entre todos será un visto y no visto, no te preocupes.

—Suenas divertido —admitió Merche—. Me voy a perder todas vuestras juergas.

—Ya, sí —ironizó Dani—. Pero seguro que te corres otras mucho más divertidas. —Y, cambiando el tono, añadió—: Fijo que vas a vivir el verano de tu vida, ya lo verás.

—Eso espero —afirmó ella pensando en Rubén.

—¿A qué hora sale tu avión mañana? —Daniela hincó los codos en la mesa que las separaba y echó el cuerpo hacia adelante—. ¿Cómo vas a ir al aeropuerto?

—Cogeré el tren en Sants. Es lo más rápido y efectivo. El vuelo sale a las 13.10. Tengo que estar en la terminal a las 11.30 para ir bien.

—¿Quieres que te acompañemos Bruno y yo? —preguntó Dani con la boca pequeña.

Había quedado con Luis y Jesús en su casa a las 10.00 para empezar a trasladar las cajas que ya tenía embaladas desde hacía días, pero por Merche cambiaría los planes si era preciso.

—No es necesario, Dani. Pero gracias de todas formas. Prefiero ir en tren. Así no corro el riesgo de encontrarme en la carretera con «todos» —remarcó la palabra— los que empiezan las vacaciones también.

Su amiga se la quedó mirando un momento. Merche seguía tan práctica como de costumbre, a pesar de haber perdido su espíritu dicharachero y juguetón que la había caracterizado siempre. Deseaba sinceramente que ese viaje le devolviera su actitud de toda la vida. Deseaba que su amiga regresara.

—Espero que encuentres en Irlanda lo que has perdido aquí, Merche —se sinceró—. Necesito que vuelvas a ser tú porque, digas lo que digas, algo te ha pasado que no quieres contarme, y estoy empezando a temer que sea mi relación con Bruno.

—¡No! —exclamó ella frunciendo el ceño alarmada. Se levantó y, rodeando la



mesa, se acercó a su amiga, que permanecía sentada, y desde atrás la abrazó con cariño—. ¡Mira que eres pesada! No me pasa nada, pero, si así fuera, nunca sería por tu culpa. —La besó en la coronilla y giró el sillón apoyando las manos en los reposabrazos cuando la tuvo frente a ella—. Quizá tengas razón y estoy un poco rara —confesó al fin—. Todo el mundo pasa por baches, y me parece que yo estoy atravesando uno. Pero esto no tiene nada que ver contigo. Es una fase. Se me pasará. Puedes estar tranquila.

—Está bien, ve a Dublín, disfruta, folla como una loca y vuelve como la enajenada mental que siempre has sido.

—Lo intentaré, no te quepa la menor duda.

### *Dublín, en ese mismo momento*

—¿Has comprado birras para mañana? —le preguntó Nail a Rubén, su compañero de piso—. No nos quedemos cortos, que luego da palo salir a por más.

—He comprado un cargamento, dudo que nos bebamos el palé de latas que he pedido —contestó él mordiendo el sándwich de jamón cocido y mostaza que tenía en las manos—. Tú te encargabas de los aperitivos, ¿no?

—Sí. Mañana los recoge Jane antes de venir.

Rubén lo miró de reojo. Otra noche oyendo los graznidos de esos dos mientras follaban como cosacos a altas horas de la madrugada. Esperaba quedar lo suficientemente para el arrastre como para caer en coma tras la fiesta y ahorrárselos.

—¿De la música quién se encarga? —preguntó antes de dar otro mordisco.

—John ha preparado una lista de canciones en su iPad, pero, de todas formas, Kevin traerá la guitarra y Maggie el *bodhrán*, así que, ya sabes, nos tocará cantar un rato.

—No, por tu madre... Empezamos bien, pero terminamos todos desafinando y no tengo ganas de pasarme el domingo bajo una lluvia torrencial.

—Venga, Rubén. ¡Si ni te vas a enterar de que es domingo! Vas a estar tan perjudicado que te vas a encontrar con que es lunes y no recuerdas nada del día después de mañana.

—A ver, tío, que aquí los beodos sois vosotros. —Dio el último bocado a su sándwich y se sacudió las manos.

—Habló el abstemio —se burló Nail dejándose caer en el sofá.

—Te juro que en España no bebo casi nada. Sois vosotros, que me pervertís. De todas formas —añadió Rubén sentándose junto a su compañero—, nunca llegaré a engullir la cantidad de cerveza que os metéis vosotros entre pecho y espalda ni loco. ¡Me ahogaría!

—Blandengue. Eres un poco moñas, que lo sepas.

—No. Soy español. Se necesita ser irlandés para tener vuestro saque.

—Cambiano de tema, me ha dicho Jim que se ha apuntado otra chica a la juerga. Es muy mona, según dice. A ver si de una vez la metes en caliente, tío, que llevas una temporada de sequía que no sé cómo lo soportas.

—¿Qué sabrás tú, imbécil? —dijo él dándole un codazo en las costillas—. Los caballeros no hablan de sus conquistas —concluyó fingiendo acomodarse el nudo de una corbata invisible.

Ambos rieron. Eran colegas, pero no amigos. Nail ni siquiera se había enterado del cambio que se había producido en Rubén desde que había vuelto de Barcelona, simplemente porque nunca se había detenido a observar cómo era su compañero de piso más allá de las fiestas que montaban de vez en cuando y de las broncas por no tirar de la cadena del váter. Sólo se había fijado en que, desde hacía ya mucho, no desaparecía ninguna noche y volvía al día siguiente oliendo a sexo.

Se quedaron mirando la pantalla apagada de su televisor frente a ellos, cada uno pensando en sus cosas: Nail, en la juerga de la noche siguiente, seguida de sexo salvaje con su chica, y Rubén..., en la piel tersa y suave, la sonrisa cómplice, los ojos dorados llenos de vida, la agudeza de comentarios y el olor de Merche, que le tenían la cabeza vuelta del revés.

Se palmeó las rodillas con las manos antes de ponerse en pie.

—Me voy a mi habitación. Tengo que preparar las clases del lunes —informó girando la cabeza por encima del hombro para hablar con su compañero de piso—. Mañana, con todo el lío que se va a montar aquí, no voy a tener tiempo de hacerlo.

—De acuerdo. Yo veré un rato la tele con una cerveza en la mano —afirmó Nail con tono descarado, guiñándole un ojo.

—No pongas el volumen muy alto que, si no, no hay manera de trabajar.

—Vale, tío.

Y Rubén desapareció por el hueco del pasillo que daba a su habitación. Una vez en su cuarto, abrió la carpeta con apuntes que tenía sobre la mesa que le hacía de despacho y encendió el portátil. Mientras éste cobraba vida, se sentó en la incómoda silla de plástico que utilizaba, prometiéndose (como hacía cada vez que posaba sus

nalgas en ella) ir sin falta al día siguiente a comprar una mejor. Se pasó las manos por la cabeza y se rascó a la altura de las sienes; no le apetecía esa fiesta. En realidad, no le apetecía otra cosa más que tumbarse sobre Merche y hundirse en su cuerpo hasta llegar a su alma. Era imbécil y lo sabía. Desde que había estado dentro de ella, el seso (y el sexo) se le había fundido, y sólo tenía su imagen en la mente. ¡Mira que sabía que eso podía ocurrir! Se lo había dicho su instinto, y él, nada, sordo, ciego e idiota, se lanzó al abismo de sus muslos y así estaba desde entonces: frustrado.

Cogió la primera página de los apuntes y se puso a trabajar, intentando centrar toda su atención en lo que tenía delante. Le costó horrores conseguirlo; tuvo que luchar contra unos ojos dorados y unos labios seductores para poder terminar con lo que estaba haciendo.

Hora y media más tarde, una vez apagado el ordenador, se tumbó en la cama y fijó la vista en el techo. ¿Sería posible que se hubiera enamorado de aquella chica con la que apenas había compartido unas horas? No era posible, ¡claro que no! ¿Verdad? A pesar de que el tiempo pasado a su lado hubiera sido algo de otro mundo..., no podía haberse enamorado como un colegial de... ¡Que no! ¡Qué tonterías se le ocurrían, por favor!

Se levantó de un salto y salió al corredor camino de la sala. Se encontró a Nail adormilado, con los pies sin calzar sobre la mesa de centro y mirando sin ver las imágenes de la pantalla plana del televisor. Se sentó a su lado, cogió la botella casi llena que descansaba en la mesa junto a los zapatones de su compañero y le dio un trago.

—¡Puaj! Está caliente.

—Eh..., ¿qué?

—Que esta cerveza parece meado de gato.

—¿Cómo?

—¡Joder, Nail! Pareces fumado. Digo que esta cerveza está caliente.

—No puede ser —afirmó su amigo bostezando—. La acabo de sacar de la nevera. Por cierto, ¿tú no tenías que preparar unas clases?

—Tío, te has dormido en cuanto he desaparecido de aquí —lo informó Rubén dándole un golpe con el hombro.

Tenía intención de darle un nuevo trago a la botella que todavía sujetaba en la mano, pero, cuando la tenía posada en los labios, recordó su temperatura y, con un gesto de asco, la dejó donde la había encontrado.

—¿Cuánto hace que te fuiste? —preguntó Nail asombrado.

—Pues casi dos horas.

—¡Mierda! —exclamó su compañero levantándose de golpe—. He quedado con Jane. Hay un concierto de un colega suyo en el Temple Bar. Me va a matar si llego tarde. ¿Te vienes? —gritó desde el pasillo por el que acababa de desaparecer camino del baño.

—No, déjalo. Prefiero... —Rubén lo sopesó un momento. ¿Cuál era la alternativa? ¿Quedarse en casa y seguir pensando en Merche?—. Venga, sí, me apunto —aceptó poniéndose en pie.

—¡Genial! Al parecer, ese chaval es muy bueno. Al menos, eso dice mi chica, y si ella lo dice, es cierto.

—¡Estás pilladísimo, tío! —«Como yo», pensó Rubén cogiendo las llaves colgadas de la cerradura de la casa antes de salir.

### *Dublín, un día después*

El avión aterrizó puntual después de algo más de tres horas de vuelo. La temperatura era cálida, pero no tan ardiente como en Barcelona ni tan claustrofóbica como la de la cabina del aparato, así que, al llegar al exterior de la terminal, de camino a la parada del autobús que la acercaría a la capital, Merche sintió un escalofrío que le puso el vello de punta y la obligó a frotarse los brazos con las manos.

Llevaba una mochila a la espalda y un *trolley* rosa con una rueda algo escacharrada que dificultaba la marcha. Junto a ella, esperando el transporte, una multitud de jóvenes ruidosos demostraban con sus conversaciones sus diferentes procedencias. Abundaban los españoles, y, sin saber por qué, se sintió reconfortada.

El autobús no tardó en llegar. Entre risas y empujones sin mala intención, todos subieron y ocuparon sus sitios; unos, los más afortunados, sentados, los demás de pie. Merche tuvo suerte y consiguió sentarse junto a un hombre joven de cabello rojo y piel clara que no paraba de mirarla mientras sonreía. Merche le devolvía la sonrisa, pero enseguida giraba la cara hacia la ventanilla, admirando todo lo que veía desde allí.

Cuando llegaron a O'Connell Street, el final del trayecto, el joven del pelo pancha la ayudó a bajar la maleta y, hablándole como los indios, le dio su teléfono apuntado en un trozo del cartón de una cajetilla de tabaco.

—Me llamo Brian. Esto es por si necesitas un guía o no tienes con quién hablar —

dijo gesticulando exageradamente pensando que ella no lo entendía, cosa que no era cierta.

—Yo me llamo Merche —contestó ella con un más que digno inglés—. Gracias, Brian. Lo tendré en cuenta. Espero no tener que llamarte por estar sola y sí para que me enseñes tu ciudad.

—¡Ah, bueno! No soy de Dublín, aunque conozco la ciudad al dedillo. Trabajo en el aeropuerto acarreando maletas desde hace tres años.

—En fin, te llamo, ¿vale? —cortó Merche casi en seco.

—Sí, sí. Adiós. Espero tu llamada.

—¡Claro!

En cuanto se separó de él, pensó en deshacerse del número, pero en el último momento decidió que no estaba de más tener un contacto en la ciudad aparte de Rubén, aunque esperaba no tener que utilizarlo.

Caminó a lo largo de la calle hasta llegar al río y, desde allí, giró a la derecha para ir al albergue donde había reservado cama.

La habitación no debía de tener más de veinte metros cuadrados. En ella había tres literas colocadas contra las paredes, una ventana frente a la puerta, un lavabo y seis pequeños armarios, que, al igual que las camas, tenían un número que los identificaba. A ella le había tocado el cuatro, que correspondía a la cama de arriba de la litera de la derecha.

Después de dejar sus cosas y dar una vuelta por el edificio para saber dónde estaba todo, se armó de valor y marcó el número de Rubén.

Un pitido, dos..., y al tercero oyó:

—Cariño, vigila el horno, que no se queme la lasaña... —dijo una voz de mujer a alguien que no era ella. Luego, dirigiéndose a Merche, preguntó—: ¿Quién es?

Se quedó sin palabras. No pudo responder. En un arrebato, colgó la llamada, con el corazón bombeándole con fuerza y la desilusión grabada en los ojos. Había ido allí para nada. Pero ¿qué esperaba? Era lógico que un hombre como Rubén, tan inteligente, tan simpático, tan atractivo, tan... «Un momento —se dijo—. ¿Estaba liado con otra y se enrolló conmigo? ¡Será cabrón!»

Había creído que Rubén era especial y, al final, había resultado ser como todos: un ligón de tres al cuarto que se acostaba con una teniendo a otra en casa. Su desilusión era tan enorme que estuvo tentada de comprar un billete para el día siguiente y volver a Barcelona para fundirla a base de polvos con el primero que se encontrara.

No obstante, finalmente creyó que no era tan mala idea quedarse en Irlanda y mejorar su inglés de una vez. Aunque lo hablaba bastante bien, todavía no lo hacía con tanta fluidez como ella deseaba; por otra parte, tenía el curso pagado... Y en cuanto a los polvos..., en Dublín también había tíos, ¿no?

*Dublín, a tres calles del Trinity College, en ese mismo momento*

—¿Quién era, Jane? —preguntó Rubén saliendo de la cocina con un barreño lleno de hielo.

—No lo sé —contestó la novia de su compañero de piso—. Se oía ruido de fondo, pero nadie ha hablado.

—Bueno, se habrán equivocado. De todas maneras, luego miraré a ver si reconozco el número.

Nail, Jane y él estaban terminando los preparativos de la juerga que habían montado para esa noche. A última hora, Jane había decidido que sólo con los aperitivos no tendrían suficiente y los había obligado a ayudarla a preparar una lasaña casera y arroz al curry con pasas. Eran platos que llenaban y que pararían el golpe de tanta cerveza en el estómago.

Cuando había sonado el móvil de Rubén, él estaba sofriendo el comino y el curry, algo muy delicado que no podía dejar sin riesgo a que se quemara, así que le había pedido a la novia de su compañero, que se encontraba en la sala en ese instante, que atendiera la llamada. Lo que pasa cuando hay mil cosas que hacer: en ese momento, Jane recordó que hacía rato que no controlaba la lasaña y le pidió a Nail, que estaba en la cocina junto a Rubén, encargándose de vete tú a saber qué, que le echara un ojo al horno a la vez que descolgaba el teléfono con una mano y apilaba revistas con la otra. Y eso exactamente había oído Merche: Jane pidiéndole a Nail que se encargara de la cena; pero lo que ella había percibido distaba mucho de la realidad. Merche había oído la traición de Rubén a través de la voz de una mujer.

La fiesta estaba en marcha, la música, más alta de lo necesario, sonaba por toda la casa. En el cuarto de baño vomitaba una de las jóvenes que habían llegado con Jim, profesor de mecánica y ligón profesional. En su cuarto se había colado Kevin, junto con su chica, Maggie, y estaban dándole un concierto privado a una pareja que no conocían de nada y que se habían presentado en la casa sin ser invitados. Jane estaba sentada a horcajadas sobre las rodillas de Nail, que le comía la boca sin importarle

quién estuviera delante. Sam, en la cocina, intentaba llevarse al huerto a una tal Amanda, y ella parecía más que dispuesta a acompañarlo. Y Rubén, apoyado en la mesa llena de... de todo, con una rubia que se creía despampanante acercándosele peligrosamente, sentía unas ganas locas de huir de aquella locura.

Miró a su alrededor. Todo aquello no iba con él. Se había tomado un par de cervezas, pero nada que ver con lo que habían engullido los demás, así que estaba entero y asqueado de cuanto lo rodeaba. Tenía a la rubia prácticamente encima, y le pareció intuir que se había desabrochado los dos primeros botones de la blusa. Era el momento de largarse de allí; todavía no era demasiado tarde para encontrar cobijo y paz en cualquier otro sitio.

—Me parece que nos hemos quedado sin hielo —mintió dirigiéndose a la chica—. Voy abajo a comprar.

—¿Te acompaño? —preguntó melosa la rubia.

—¡Oh, no! —exclamó él asustado por la idea de que se le enganchara esa Mata Hari de pacotilla—. Iré mucho más rápido si voy solo. Mientras... —pensó deprisa en una ocupación que encomendarle—, prepara unos boles de palomitas. Cuando vuelva, les pedimos a Kevin y a Maggie que nos den un concierto en la sala a todos.

—Buena idea —aceptó ella. Borracha como estaba, no tenía muchas ganas de ir de arriba para abajo, la verdad—. No tardes... Cuando acabe el recital..., podemos pasar un buen rato los dos juntos.

—Sí, sí —dijo Rubén saliendo por la puerta del piso, hasta donde lo había acompañado la rubia.

Cuando llegó a la calle, respiró relajado. Miró al cielo, cuyas estrellas quedaban escondidas por la luz de las farolas, y meditó adónde dirigirse. A esa hora, casi medianoche, el único lugar que le vino a la cabeza fue Wellington Quay, donde, con toda seguridad, encontraría refugio en alguno de sus múltiples locales.

El Temple Bar estaba a reventar. Un grupo tocaba música celta sobre una pequeña tarima. A pesar de la multitud, se respiraba un ambiente tranquilo. La concurrencia estaba atenta al escenario, y los que no lo hacían respetaban a los músicos hablando en voz baja. Pidió una Guinness y buscó asiento lo más cerca que pudo de la música.

*Wellington Quay, Dublín, a esa misma hora*

Merche no podía quitarse de encima la sensación de desengaño que había sentido tras

la fatídica llamada telefónica a Rubén.

Había pasado la tarde en el albergue, primero colocando sus cosas en el armario que tenía asignado, luego visitando el comedor colectivo, donde se encontró con algunos estudiantes, que enseguida la incluyeron en sus conversaciones, y, por último, duchándose antes de volver a su cuarto. Allí había tomado la determinación de pasar el mejor verano de su vida, y a Rubén que le dieran viento fresco.

Dispuesta a empezar su maravillosa estancia en la capital irlandesa, se había vestido cómoda pero insinuante. Si encontraba a alguien potable, iría a por él, aunque no es que le apeteciera mucho, en realidad. No obstante, estaba decidida a pasar página, y lo haría a pesar de sí misma.

Cenó un típico plato irlandés en una taberna. Tomó una cerveza en un pub, paseó por las calles cada vez más desiertas de la ciudad, se detuvo a contemplar los magníficos edificios que adornaban las aceras..., pero Rubén seguía rondándole la cabeza. Se enfadó consigo misma: ¿estaba tonta o qué? Si quería encontrar a algún hombre con el que pasar la noche, debía ir a donde hubiera donde escoger. Antes de su viaje se había documentado sobre lo que iba a encontrarse, así que sabía que el mejor sitio al que podía dirigirse para conseguir sus planes era el Temple Bar.

Caminó decidida.

Lo primero que le llamó la atención del local fue su color escarlata y la cantidad de gente que fumaba ante sus puertas; era un lugar carismático, sin duda. Entró sin saber muy bien qué se iba a encontrar en el interior. La recibió la música celta que provenía de algún lado y el calor que emanaba de la multitud que allí se concentraba. Buscó con la mirada un hueco en la barra y lo encontró entre un hombre maduro de aspecto escandinavo y un muchachito moreno y fondón. Ninguno de los dos despertó su interés, pero, al no encontrar sitio en ninguna otra parte del mostrador, Merche se coló entre la gente hasta llegar allí. Pidió una pinta y, con ella en la mano, siguió las notas celtas que salían de un rincón de la sala contigua dispuesta a encontrar con quien pasar la noche.

Barrió la sala con los ojos tratando de localizar un asiento libre y... lo vio. Sentado en un taburete no muy lejos del escenario, con una Guinness a medio camino de su boca, abstraído con la música y... solo.

Como si la hubiera presentado, Rubén se giró entonces en su asiento. Merche estaba allí, de pie, mirándolo con los ojos muy abiertos, sorprendida y... ¿enfadada?

Se levantó como un resorte y fue hacia ella. Al intuir sus intenciones, la joven se giró dispuesta a marcharse, pero la concurrencia le cortaba el paso y no logró



desaparecer antes de que él llegara hasta ella.

—Merche... —Su corazón se revolvía frenético—. ¿Qué haces aquí? —preguntó maravillado de tenerla frente a él—. ¿Por qué no me has llamado? —La cogió del brazo con suavidad, deleitándose con el tacto de su piel.

—¿Te he llamado! —exclamó ella enfurecida deshaciéndose de su agarre.

—¿Cómo dices? —Rubén la miró extrañado—. Salgamos de aquí. Hay demasiado follón.

—No voy a ir contigo a ningún sitio. Te he llamado. Pregúntale a tu «cariño» y te lo dirá.

—¿Mi qué? ¿De qué hablas, Merche? Y ¿por qué estás enfadada?

—Mira, me voy. No quiero volver a verte en mi vida.

«¡Ah, no! Eso sí que no», pensó él sin entender nada. La siguió entre el gentío hasta llegar a la calle y, una vez allí, volvió a cogerla del brazo.

—¿Se puede saber de qué coño estás hablando, Merche? —Estaba empezando a exasperarse por la actitud de la mujer en la que no había dejado de pensar en el último mes—. ¿Qué es eso de que me has llamado?

Merche miró la mano de Rubén rodeándole el brazo y la apartó de un golpe. A pesar de no tener motivo, puesto que no se habían prometido amor eterno ni ninguna zarandaja por el estilo, lo miró con los ojos inyectados en sangre antes de sisearle:

—Te he llamado nada más llegar a Dublín.

—¡No!

—¡Sí! —gritó ella. Una pareja que fumaba cerca de ellos la miró con reprobación—. Lo cogió tu «cariño» —remarcó con asco.

—Mira, Merche, yo no... Espera, ¿a qué hora has llamado?

—No sé, supongo que serían las tres y media o algo así —dijo ella algo más calmada. La temperatura fuera del pub era más baja, y se frotó los brazos para combatir el aire frío.

Rubén sacó el móvil del bolsillo trasero del tejano y buscó la última llamada. Efectivamente, el nombre de Merche resaltaba en la pantalla. Desvió la vista del aparato para posarla en los ojos dorados de la mujer que tenía delante y sonrió complacido.

—¿Te ha molestado que te contestara Jane?

—No, claro que no —mintió ella descaradamente.

Rubén no la creyó.

—¿Ah, no? Pues yo creo que sí.

—Pues te equivocas. —Se volvió dispuesta a irse, pero él la interceptó poniéndose frente a ella.

—No, no me equivoco. —Se agachó para ponerse a su altura y sonrió—. Y, para tu información, señorita, no tengo a ninguna «cariño» escondida. Bueno, quizá sí, pero ella aún no lo sabe.

—Oí cómo te llamaba...

Rubén posó un dedo sobre sus labios para hacerla callar.

—Lo que oíste fue a mi amiga Jane diciéndole a su novio, Nail, mi compañero de piso... Bueno, no sé qué le oíste decir, pero te juro que no iba dirigido a mí.

—Pero era tu teléfono —rebató Merche con menos determinación de la que había mostrado hasta entonces.

—Sí, era mi teléfono.

—Y ella lo cogió y dijo...

—Sí, lo cogió —afirmó él elevando la comisura de los labios.

—Dijo... —Cada vez estaba menos segura de lo que había oído en realidad. Ella había creído que la que le había contestado era la chica de Rubén; en cambio, él le estaba asegurando que no era así.

Rubén no aguantó más. La cogió por la cintura y la acercó a su cuerpo. Ella se dejó hacer.

—Merche..., ¡ay, Merche! —suspiró él antes de lanzarse sobre su boca como un lobo hambriento.

El beso sabía tal como recordaban: dulce, electrizante y sensual, y a los dos les despertó un deseo que sólo sabía avivar el otro.

—No sabes las ganas que tenía de volver a tenerte así —susurró Rubén apoyando su frente en la de ella—, entre mis brazos.

—Yo pensé...

—Pensaste mal —dijo antes de volver a besarla.

Al separarse, se miraron a los ojos con el deseo impreso en ellos. Rubén enlazó su mano con la de Merche y comenzó a andar.

—¿Dónde te hospedas? —quiso saber.

—En un albergue no muy lejos de aquí.

—¡Vamos! —exigió él andando más deprisa.

Merche lo frenó.

—No podemos ir allí. Comparto habitación con otras cinco chicas —reveló con tristeza.

—No me digas eso. A mi casa tampoco podemos ir. Hay montada una juerga y el piso está invadido.

—Pues tendremos que esperar —se conformó sin ganas Merche.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó él decidido—. Si tengo que echarlos a todos de allí, lo haré, pero no pienso separarme de ti esta noche.

—Rubén... —musitó ella resignada.

El fresco de la noche la hizo erizarse. Al percatarse de ello, Rubén la rodeó con un brazo, acercándola a su costado.

—No te preocupes. Seguro que están todos anestesiados de tanta cerveza como deben de haber bebido. No se enfadarán.

—No es eso, es que...

—¿No quieres pasar la noche conmigo?

—Sí, claro que sí.

—Pues vamos. —Con determinación y con ella apretada junto a su cuerpo, emprendió el camino hasta su piso.

Mientras caminaban a buen ritmo, Merche, a la pregunta de él, le dijo que había ido a Dublín a perfeccionar su inglés. Por su parte, Rubén le explicó lo que se iban a encontrar: una panda de descerebrados durmiendo la mona por todos los rincones de la casa. Dudaba de que alguno estuviera lo suficientemente lúcido como para enterarse de que había vuelto. Le habló de sus amigos, de la rubia plasta de la que había huido, de lo poco que le gustaban esos saraos, y le rogó que no mirara a su alrededor al entrar en el antro en que se habría convertido su hogar. Pero también hizo planes para su noche con ella: lo que le haría una vez hubieran cerrado la puerta de su habitación. Merche necesitó apretar los muslos para contener el cosquilleo que le provocaron los propósitos nada castos de Rubén. Su voz embriagadora y las imágenes que le estaba sugiriendo resultaban un afrodisíaco difícil de ignorar.

La escena que apareció ante sus ojos al abrir la puerta del piso fue tal y como la había descrito él. Cuerpos tirados de cualquier manera por los suelos, boles sucios en sitios insospechados, latas por aquí y por allá...

En la sala, Kevin, que se mantenía en pie a duras penas, rasgaba su guitarra de manera lenta y desafinada. A su lado, Maggie dormía sentada en el suelo con la cabeza apoyada en el asiento del sofá y su *bodhrán* sobre las piernas.

—Ven, acompáñame —rogó Rubén en voz baja guiándola por el pasillo hasta su habitación—. Esa puerta es la del baño, por si quieres ir, y ésta —le señaló la que había enfrente— es mi habitación. Empezaré a despejar de gente este cuchitril.

—No hace falta. Déjalos dormir. A mí no me importa.

—Pero a mí, sí.

—Rubén, en serio, mientras tengamos la intimidad de tu habitación, todo estará bien.

—¿En serio no te importa este desorden?

—Sólo me importa estar contigo.

Él no contestó. La cogió entre sus brazos y la besó dejándole entrever lo que le esperaba esa noche. Con la lengua, invadió su boca acariciándola por dentro, exigiendo y ofreciendo a la vez. Amarrado en el beso, Rubén echó la mano hacia atrás para coger la manija de su puerta y entró sin mirar, sin encender la luz. Conocía la estancia perfectamente y sabía adónde se dirigía.

La empujó con cuidado para sentarla en la cama. Entonces se oyó un quejido:

—¡Eh, tú, ¿qué haces?! ¡Que me aplastas la pierna, joder!

Merche se levantó de un salto mientras él encendía la luz precipitadamente. Allí, metidos en su cama, estaban la rubia buscona y Sam, ambos desnudos y oliendo a sexo.

—¡Me cago en todo, joder! —espetó Rubén hecho una furia—. ¿Es qué no teníais otro sitio donde follar? ¿No tenéis respeto por nada?

—¡Mierda, Rubén! Lo siento, tío. Como no estabas...

Rubén cogió entonces a Merche de la mano y se giró como un vendaval. ¡Era el colmo no poder meterse en su propia cama! ¡Y tenía que ser precisamente esa noche!

Antes de salir de aquel antro de perdición que era su casa en ese momento, cogió una chaqueta para él y otra para ella y un juego de llaves del cajón del mueble de la entrada.

—¡Vamos! —le dijo.

—¿Adónde? —preguntó ella contrariada. Lo que habían visto en esa casa era digno de olvidar.

—Todos los profesores tenemos un despacho en la universidad con un baño y un sofá cama.

—¿Puedes llevar a gente allí?

—A ver quién es el guapo que me lo impide. Vamos.

La noche había refrescado y ambos agradecieron la pieza de abrigo extra. El Trinity College no estaba muy lejos del piso de Rubén, así que no tardaron en llegar. Fue reconfortante sentir la calidez que emanaba de sus muros al entrar después de haber recorrido las frías calles.

El despacho de Rubén era de buen tamaño pero austero: una mesa de madera oscura que había conocido tiempos mejores, tras la cual, una ventana de grandes dimensiones dejaba filtrar la luz de las farolas; una silla de despacho anatómica, una pared llena de libros y el prometido sofá era todo cuanto decoraba la habitación. A un lado, otra puerta daba al baño.

—Bienvenida a mi feudo. —Rubén hizo una simpática reverencia y señaló el cuarto abriendo los brazos.

—Muy bonito —aseguró ella simulando cogerse los pliegues de una falda invisible y haciendo una genuflexión.

Ambos se echaron a reír.

Al segundo pararon mirándose a los ojos intensamente. No había cabida para las bromas en ese momento. Sólo la había para arrancarse la ropa y complacerse mutuamente.

La estantería tenía un par de armarios en la parte baja. Rubén sacó unas sábanas de uno de ellos y juntos vistieron el sofá una vez abierto. El escenario estaba montado, sólo faltaban los actores.

Merche se disculpó y fue al baño mientras él terminaba de preparar su eventual cama. Cuando terminó, fue a donde estaba ella.

—¿Puedo pasar? —preguntó golpeando la puerta con los nudillos.

—Sí, ya he acabado —la oyó decir.

Merche estaba secándose las manos cuando entró. Sus miradas se cruzaron y todas las promesas que le había hecho Rubén esa noche volvieron a su memoria. En un instante, su respiración se agitó, el corazón empezó a bombearle con prisa, sus mejillas se colorearon de excitación, los pezones se le endurecieron hasta doler y su sexo se humedeció. Ese hombre ejercía en ella una atracción desconocida, y estaba preparada para dejar que la desplegara toda esa noche.

En ese momento, un vendaval de pasión se desató entre ellos. Sus ropas volaron por los aires, sus bocas se atraparon jugando a una guerra de posesión, las manos de uno investigaron en el cuerpo del otro hasta encontrar el tesoro que encerraba y, a partir de ahí, tocaron el cielo.

El sexo entre ellos era magnético, visceral..., en ocasiones, hasta un poco sucio. Disfrutaban saboreando las partes más recónditas de sus anatomías y lo demostraban sin disimulos.

—¡Dios, cuánto he echado de menos tenerte así, abierta y preparada para mí! —suspiró Rubén acomodado entre sus muslos—. Sabes a pecado.

Como respuesta, Merche abrió más las piernas, dándole mejor acceso, ofreciéndose a él.

—Sí, así. Toda para mí.

Ella palpitaba con cada caricia de su lengua, agitándose por dentro cada vez con más intensidad, hasta que Rubén, con un toque mágico, apretó los labios contra su clítoris y libó de él provocándole un orgasmo liberador. Después, reptó por sus curvas hasta quedar frente a sus ojos entornados.

—¿Te ha gustado el aperitivo? —Ella no pudo contestar salvo con una sonrisa afirmativa—. Lo celebro, preciosa, porque estoy deseando darte el primer plato —reveló él guiando su erección a la entrada de Merche y hundiéndose en ella con un solo movimiento de cadera.

Ése fue el principio de una noche que dio para varios asaltos. Agotados después de cada combate de sexo explosivo, se dormían para despertar poco después y volver a incendiarse con la pasión que provocaba el uno en el otro.

Fue un reencuentro memorable y revelador. Si alguno albergaba alguna duda de lo que el otro le provocaba, tras esa noche les quedó esclarecida totalmente. Entre ellos, el sexo era música.

## Capítulo 4

Acordaron anular la reserva de Merche en el albergue para que se mudara al piso de Rubén, tras la insistencia machacona de éste, que no soportaba la idea de separarse de ella por las noches.

Con mano izquierda, consiguió que, durante la estancia de Merche en Dublín, Nail se trasladara a casa de su novia, mencionándole de pasada que, sin nadie de por medio, podría dejar a Jane noqueada a polvos. A su compañero de piso se le derritió el cerebro con la idea y aceptó dejarles la casa para «que le des a tu chica bien dado en la parte del gusto», según dijo. ¡Pobre Nail! Era un bruto sin remedio, pero la burrada que había dicho Rubén la daba por buena si le dejaba el campo libre para saciarse de «su chica de ojos dorados».

Lo hizo. Todas y cada una de las noches (y las mañanas, y las tardes, y las madrugadas...) que pasaron juntos, y no solamente follando como unos descosidos (que también), sino que además pudo empaparse de su sencillez, de su inteligencia brillante, de sus argumentos vehementes, de su humor chispeante...

Organizaron el día a día para pasar el mayor tiempo posible juntos. Merche cambió sus clases de inglés para que coincidieran con las horas que Rubén pasaba en la universidad. Como ella salía más temprano, aprovechaba comprando el avituallamiento necesario mientras recorría la distancia que la separaba del Trinity College. Le encantaba llegar justo a tiempo de ver salir por sus puertas a su «galán buenorro» (como le gustaba llamarlo en broma), con el que volvía a casa sin perder tiempo.

Paseaban por la ciudad cogidos de la mano, recorriendo sus rincones más ocultos, descubriendo juntos entornos fascinantes. En los pubs, gozaban de la música, siempre presente en la cultura del país, con una cerveza en las manos, e incluso en una ocasión asistieron a un festival de danza irlandesa, donde los saltos y los taconeos se mostraron en todo su esplendor.

Los fines de semana los disfrutaban haciendo excursiones fuera de la ciudad, visitando pueblecitos pintorescos con hospederías románticas y embrujadas que ejercían su hechizo sobre ellos.

Pero en cuanto se encerraban entre cuatro paredes, invisibles a los ojos de todos,

se dejaban arrastrar por el deseo salvaje que los devoraba y mezclaban, como en una pócima, las ganas, la pasión y el ardor para conseguir un elixir impetuoso de sexo desenfrenado.

Merche se sorprendía a sí misma de lo osada que se había vuelto con él. Sus anteriores líos no le habían durado más de una noche (si no se tenía en cuenta a Fede, su noviete de la facultad) y con ninguno había llegado a alcanzar el nirvana como lo hacía cuando Rubén se mecía dentro de ella..., o cuando su boca le acariciaba el clítoris..., o cuando su lengua martirizaba sus pezones..., y todo el placer que le regalaba le daba alas para probar cualquier cosa que él le propusiera. Le encantaba mimar los testículos de Rubén cuando estaban llenos, a punto. Paladear su miembro duro era una delicia para sus sentidos. La fascinaba ver cómo su pene dormido despertaba con el roce de sus manos. Todo con Rubén era natural y placentero. Y no sólo en cuerpo, sino en alma también.

Él la miraba embrujado, hechizado por sus ojos dorados, por esa boca que hacía maravillas junto a la suya, por ese cuerpo hipnótico que lo llamaba a gritos... Nunca se había enamorado y no sabía qué era eso, pero lo que sentía por Merche era algo que se acercaba peligrosamente a lo que había visto en Bruno cuando le habló de la intensidad de sus sentimientos por Dani. Sin embargo, eso estaba mal, muy mal. Merche se iría pronto y él se quedaría hecho añicos.

La convivencia entre ellos era fácil. Ambos eran cuidadosos, ordenados y metódicos, aunque Merche lo sorprendía con alguna que otra locura que lo descolocaba. Pero no le importaba. Nada le importaba..., sabía que el tiempo que estaba disfrutando de su compañía tenía fecha de caducidad, y no iba a malgastar un segundo en discusiones que no llevaban a ningún sitio.

—Merche, ¿has visto las llaves? —preguntó una mañana desesperado, revolviéndolo todo a su paso.

—Sí, claro. Están en la cocina, entre la tostadora y el hervidor —contestó ella tan pancha.

—Y ¿qué hacen ahí? —dijo Rubén caminando hacia donde le había indicado.

—Bueno, he pensado que era un buen sitio —aseguró ella tranquilamente—. Como usas los dos aparatos cada día antes de ir a trabajar, seguro que las ves y no te las olvidas.

—Pero si las dejas en el gancho de la entrada tampoco las olvido —argumentó Rubén sin entender la lógica de su explicación.

—Ya, pero si llegas cansado por la noche, no aciertas a colgarlas, se te caen al



suelo y les das una patada sin darte cuenta, no sabrás dónde están.

Él la miró atónito. Era la teoría más rocambolesca que hubiera podido oír..., pero, sonriendo, se acercó a ella y, dándole un beso en la punta de la nariz, la aceptó como buena.

—Está bien. Hasta que encontremos un sitio mejor, las dejaremos donde dices.

Y salieron por la puerta, cogidos de la mano tan contentos.

Sin darse cuenta, los días pasaban y la fecha de su vuelo de vuelta se acercaba irremediabilmente. Merche había intentado crearse una coraza alrededor del corazón. Fingía que todo aquello no era más que una aventura veraniega de sexo y diversión. Pero cada vez que recordaba que debía volver a Barcelona, su corazón parecía perder fuerza para empezar a bombear con brío después. La ansiedad de saber que no vería a Rubén cada mañana le quitaba el sueño, por lo que aprovechaba su insomnio observando cómo él dormía, empapándose de su imagen para que la acompañara en la soledad de su piso barcelonés. Sólo en esos momentos podía confesarse la verdad: estaba loca por Rubén y se moriría de añoranza al regresar a su vida ordinaria sin él.

Parecía que, a medida que se acercaba la separación, se necesitaban más; buscaban con desesperación las horas de intimidad, de locura incontrolada, de susurros cariñosos, de confidencias a media voz... Saber que tardarían meses en volver a reunirse (porque de eso estaban los dos seguros) les provocaba una rabia contenida y exasperada. Todavía no habían puesto en palabras lo que sentían el uno por el otro. Todavía no se habían confesado. Todavía no habían abierto su corazón a la persona de la que estaban enamorados. Y la fecha se acercaba inexorablemente..., y la congoja se les hacía cada vez más grande...

—¿Te apetece que salgamos esta noche? Me ha dicho Jim que hay un buen concierto en The Stag's Head —informó Rubén al salir del trabajo la penúltima tarde de Merche en Dublín.

—Los chicos en clase también hablaban de eso. Querían aprovecharlo para que saliéramos todos como despedida.

—¡Ah, está bien! —dijo él un poco molesto cogiéndole las bolsas de la compra que acarreaba—. Lo entiendo. Es normal que quieras hacer una despedida por todo lo alto con tus compañeros.

—Les he dicho que yo no voy. —Merche se puso frente a él impidiéndole el paso, se alzó de puntillas y le besó la barbilla—. No pienso moverme de tu lado ni ir a ningún sitio si no es nuestra cama.

Esas palabras, dichas con tanta determinación, calmaron y colmaron a Rubén. Él

sentía la misma necesidad de compartir las últimas horas con Merche que la que ella había expresado segundos antes.

—Pues vamos a casa —dijo cogiéndola de la mano—. ¿Sabes? Le he pedido a un compañero que me sustituya mañana en la excursión didáctica que teníamos programada.

—¿En serio? —preguntó ella entusiasmada apretándose contra su costado—. ¿No tienes que ir a trabajar? ¿Te tendré todo el día para mí solita?

—Entero de pies a cabeza.

No se separaron ni un segundo desde ese momento. Disfrutaron de su mutua compañía sabiendo que, al cabo de pocas horas, sus caminos se separarían.

Fue una tarde seguida de un día delicioso: comieron lo que habían cocinado juntos, vieron una película abrazados en el sofá... y se amaron diciéndose con sus cuerpos lo que sus bocas callaban.

La última mañana amanecieron abrazados, tan desnudos como habían dormido todas las noches que habían pasado juntos ese mes. Rubén fue el primero en abrir los ojos. La imagen que se encontró fue dolorosamente maravillosa: Merche dormía enredada en sus brazos, con su melena castaña revuelta sobre la almohada y los párpados escondiendo sus espectaculares ojos dorados. Con la boca ligeramente abierta y la respiración pausada, era una diosa a la que al cabo de pocas horas debería decir adiós y a la que no había sido lo suficientemente valiente como para confesar sus sentimientos.

Se quedó muy quieto, contemplándola, disfrutando del privilegio de tenerla a su lado que pronto iba a perder. Había sabido desde el principio que aquello que estaba viviendo tenía los días contados, pero se resistía a creerlo. Le acarició la frente retirándole un mechón de cabello y, al hacerlo, gozó del tacto de su piel casi por última vez. Se desesperó. No quería perderla, pero ignoraba cómo retenerla a su lado, sobre todo habiéndole mantenido en secreto cuánto la quería.

Cuando Merche despertó, una sonrisa de felicidad apareció en sus labios al ver cómo la miraba Rubén. Pero al instante se le borró al recordar que aquélla era la última mañana que disfrutaría de él. No pudo evitarlo, se revolvió entre sus brazos hasta quedar sentada sobre él, le cogió la cara con las manos y lo besó poniendo toda el alma en ello. Su lengua se coló en su boca y recorrió su interior con un deseo desesperado. Él le contestó con el mismo ímpetu que ponía ella. Sus labios se buscaban desesperados mientras sus manos luchaban por recorrer sus cuerpos. Rubén no podía resistirse a no tenerla una vez más. Merche tampoco.

De un rápido movimiento, él la giró hasta apoyarla en el colchón y se colocó sobre ella con los brazos extendidos a lado y lado de su cabeza, mirándola, embebiéndose de ella, capturando en sus retinas la imagen de la mujer que amaba para que le sirviera de consuelo cuando ya no estuviera con él.

Lentamente, le recorrió el cuerpo con los ojos, relamiéndose ante lo que iba a disfrutar por última vez... en mucho tiempo. Sus pupilas se quedaron clavadas en sus pechos, en los que unas gemas rosadas sobresalían de su redondez, rogándole que los atendiera. Rubén siguió su recorrido visual por el cuerpo de Merche hasta llegar al punto exacto donde se juntaba con el suyo; una visión única y maravillosa, su piel pálida y delicada contrastaba con la suya propia, más recia y oscura. Donde ella era un océano de ondas pausadas, él era unos riscos angulosos que se fundían perfectamente en sus aguas.

No pudo resistirse por más tiempo a la tentación. Merche tampoco se lo permitió y, alzando las caderas, buscó su erección para incitarlo... y lo consiguió al instante. Como un león hambriento, él apresó uno de sus pezones con los labios, apretando con sutileza y rotundidad, y utilizó la lengua para martirizarlo. Merche arqueó el torso sinuosamente, tentadoramente, para que él tuviera mejor acceso. Enloquecido de deseo, Rubén pasó al otro pecho, gruñendo complacido por la presa cobrada y provocando un murmullo de satisfacción en Merche que lo incendió por dentro.

Mientras con la boca devoraba los tentadores pechos femeninos, su mano recorrió su cuerpo hasta encontrar la suavidad de sus húmedos pliegues. Allí, expectante y firme, lo esperaba la joya que encerraban. Sus dedos lo golpearon con suavidad estimulando sus terminaciones nerviosas, agitando su deseo, exigiendo cada vez un poco más. Estimulada como sólo Rubén podía conseguir, Merche no tardó en estallar en un orgasmo arrollador que la dejó exhausta y satisfecha, con la respiración agitada y superficial y los ojos entornados por el placer.

Le costó recuperar la serenidad en su aliento. Aquél había sido un orgasmo con mayúsculas, como solían ser los que experimentaba con él. Pero, de alguna manera, le había sabido a poco. Para su despedida necesitaba sentirlo dentro, tan dentro que le atravesara el alma. Pero también necesitaba que sus dedos grabaran en sus yemas el dibujo de esos músculos que tanto iba a añorar. Lo recorrió despacio, extasiada con el tacto de su piel, tan firme, tan reconfortante, tan... amada. Miraba cada porción de su anatomía con verdadero anhelo. Cuando alcanzó con las manos la impresionante erección, se entretuvo en acariciarla con delicadeza, hasta que la necesidad la obligó a tomarla dentro de su puño y empezar a agitarla con más ímpetu. Con la boca

acompañaba los movimientos repartiendo pequeños besos en la punta, hasta que su lengua tomó el reemplazo de sus labios.

Rubén creyó morir de gusto cuando sintió la húmeda caricia. La mano de Merche lo estaba llevando a la locura y no deseaba terminar así. No la última vez.

—Si sigues así, no aguantaré mucho... —murmuró con voz entrecortada—. Necesito entrar en ti, sentir tu cuerpo rodeando el mío.

Un suspiro mezcla del deseo y la frustración que sentía brotó del pecho de Merche.

—Yo también necesito sentirte —dijo apartando la boca de su trofeo—. Y lo necesito ahora.

Rubén no se hizo esperar. Se movió sobre la cama hasta tenerla nuevamente bajo su cuerpo. Luego tomó con una mano su dureza y la dirigió al hueco entre las piernas de ella, que salió rápidamente a su encuentro.

Fue el más maravilloso baile que habían danzado juntos. Con movimientos certeros, primero lentos, más tarde acelerados, Rubén se fue meciendo en su interior mientras Merche se contorsionaba para recibirlo con creciente desesperación.

Las pulsaciones de sus corazones se elevaban por momentos, sus respiraciones erráticas se confundían entre sus besos, la tensión de sus cuerpos crecía a cada instante, hasta que ya no pudieron más y el éxtasis les llegó a la vez.

Era la despedida. Echarían de menos esos encuentros tan íntimos que los unían en cuerpo y alma y que se acababan en ese instante.

Se levantaron sin ganas. Desayunaron en silencio y, después de una ducha que sabía a despedida, se vistieron. Ya no quedaba más tiempo..., se les había agotado.

El camino hasta el bus fue silencioso. Rubén había decidido acompañarla hasta el aeropuerto a pesar de la negativa de Merche, así que tomaron juntos el transporte que los conduciría a su separación. Sentados en sus asientos con las manos entrelazadas, se prometieron mantenerse en contacto.

—No sé si podré ir a Barcelona antes de Navidad. Se me va a hacer muy largo este tiempo sin verte —confesó él acariciándole la palma de la mano con el índice.

—A mí también. Han sido unos días inolvidables. Has conseguido que éste sea el mejor verano de mi vida —contestó Merche apoyándose en su hombro—. No podré olvidarlo jamás.

—Prométeme... No, júrame que me llamarás en cuanto pongas un pie en tierra.

—Te lo juro —sonrió ella al saberlo tan preocupado.

—No te olvides de mí —añadió él, aunque lo que en realidad quería decirle era

que no soportaba que otro tocara lo que él consideraba suyo.

—No lo haré. —«¿Cómo podría?»

—Y, si ves a Bruno, le das un collejón de mi parte —trató de frivolar Rubén para deshacerse de ese peso que se le había instalado en el pecho.

—Lo intentaré, pero no sé si Dani me va a dejar —le siguió Merche la broma.

—¡Qué suerte ha tenido mi hermanito! —exclamó él con un deje de envidia en la voz.

—Sí, es cierto, Dani es preciosa —contestó ella molesta.

Rubén se volvió en su asiento para mirarla a los ojos. Repasó cada uno de sus rasgos deteniéndose en sus labios, ligeramente fruncidos.

—No lo envidio por la chica —repuso, y tomó su cara entre las manos antes de añadir—: Lo que envidio es tener a alguien al lado que te llene de luz la vida. — Parecía una confesión; de hecho, lo era.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, diciéndose sin palabras lo que sentían y sin tener la valentía de expresarlo en voz alta.

El murmullo de los compañeros de viaje los envolvía; el sonido en los cristales de las diminutas gotas de una lluvia que empezaba a caer, como si el cielo se pusiera de acuerdo con sus desolados corazones y el ruido de los coches al pasar junto al autobús ponían la música de fondo en ese viaje que habrían deseado no tener que hacer.

La terminal del aeropuerto estaba atestada de gente que iba y venía arrastrando sus equipajes. Las madres agarraban fuertemente las manos de sus hijos impidiendo que se alejaran de ellas y pudieran perderse, una pareja de mediana edad discutía con una chica del personal de tierra de alguna compañía aérea sobre el horario de un vuelo. Todo a su alrededor mostraba una loca actividad que distaba mucho de la apatía que sentían Rubén y Merche.

Se despidieron al llegar al control de seguridad. Él no podía ir más allá y ella debía pasarlo ya. Se besaron con desesperación fundiéndose en un abrazo cuando sus labios se separaron.

—Llámame —rogó Rubén susurrándole al oído.

—Lo haré.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti. —Se apretó más fuertemente contra su pecho—. Ha sido maravilloso compartir estas vacaciones contigo. Ojalá no se acabaran.

—Ojalá —convino él, separándose de ella a la fuerza con una sonrisa resignada.

—Adiós, Rubén.

—Adiós, Merche.

La cola que había formada delante de ella se movía con lentitud. No se atrevía a volver la cabeza. No podía verlo sabiendo que se alejaba de él, pero cuando su turno estaba cerca, no pudo resistir la tentación y se giró. Lo vio a lo lejos, de pie, mirándola. Ella lo despidió agitando la mano, con el corazón encogido y los ojos repletos de lágrimas. Antes de desviar la mirada para pasar el control, le pareció leer en sus labios un «Te quiero», pero decidió que eran las ganas que sentía de oírsele decir las que le habían llevado a verlo y, con ese convencimiento, depositó la maleta sobre la cinta del escáner.

Las lágrimas no tardaron en inundar sus ojos cuando se vio sola en aquella gran sala de espera, donde los pasajeros aguardaban las llamadas para sus vuelos. Sus vacaciones habían acabado. Su visita a Irlanda llegaba a su fin y Rubén se quedaba en tierra encogiéndole el alma. Como una autómatas, acudió a la llamada de su vuelo, arrastrando su pena al igual que arrastraba la maleta y despidiéndose de su corazón porque se quedaba con él.

Rubén no lloró, pero se desesperó enfadado consigo mismo por haber sido tan cobarde, por no haber sabido confesarle lo que sentía. Sólo al final, cuando ya no la tenía cerca y sus palabras eran inútiles, había logrado decirle desde la distancia que la quería.

## Capítulo 5

*Barcelona, dos semanas más tarde*

El calor no había remitido en la ciudad y, a pesar del aire acondicionado, el ambiente era bochornoso en la oficina.

Merche estaba sentada al otro lado de la mesa de Dani. Ésta estudiaba con detenimiento unos documentos que le había llevado su amiga. Los ojos de Daniela recorrían el papel, mientras que los de su compañera vagaban por la habitación. Desde que había vuelto de Dublín estaba abatida. Y no sólo por estar lejos de Rubén, sino, y todavía peor, porque no había podido cumplir su juramento. No había vuelto a hablar con él desde que se habían separado.

Al llegar a Barcelona, cuando el avión todavía rodaba por la pista, había buscado el móvil en su bolso para ponerse en contacto con él, pero no lo encontró. Le faltaba un pequeño neceser negro donde guardaba algunas cosas de aseo y maquillaje y su Samsung Galaxy. Rebuscó sin éxito por todos los rincones, miró a su alrededor esperando encontrarlo en el suelo..., pero todo fue inútil. Al parecer, se lo habían robado en el aeropuerto irlandés, porque recordaba haber cogido las dos cosas antes de salir hacia el bus.

Sin la memoria de su viejo terminal, no tenía idea del número de Rubén; estaba incomunicada y desesperada por oír su voz, esa voz magnética que la elevaba del suelo y hacía con ella lo que quería. Suponía que, molesto porque ella no hubiera cumplido su palabra, habría decidido no dar el primer paso y no se había interesado en conseguir el número de teléfono de su trabajo.

Su rostro, ojeroso y blanquecino, reflejaba su estado. Su rutina se había convertido en un castigo; incluso sus charlas con Dani, que siempre habían sido chispeantemente divertidas, ahora le resultaban insulsas y sin sentido. Se reprendió a sí misma. Dani era su mejor amiga y no merecía que ella pensara de esa forma al estar en su compañía, pero es que nada la satisfacía. Era Rubén o nada... Patético.

Para colmo, teniendo al alcance de la mano poner fin a su agonía pidiéndole el número de su móvil a Dani o a Bruno, no lo había hecho (a pesar de que su amiga había vuelto de sus vacaciones ya hacía tres días), porque se sentía estúpidamente

arrepentida por no haberle contado a su compañera de trabajo, a su mejor amiga, desde el principio lo que le pasaba con el hermano de su novio.

Daniela desvió la mirada de los papeles que tenía en las manos y la enfocó en ella. Su gesto fue de preocupación cuando, una vez más, observó el rostro triste de su amiga. Estaba preocupada por ella. Si Merche había estado extraña antes de irse, al volver estaba hecha un asco. Se había mordido la lengua durante ese tiempo puesto que no quería incomodarla, pero ya estaba harta de fingir que no notaba la pena en sus ojos y la apatía en sus actos. Reuniendo valor, decidió sacar el tema de una vez por todas.

—Mira, Merche, he intentado callarme, no preguntarte qué te pasa —apoyó los codos en la mesa y, juntando las manos, continuó—, pero ya no aguanto más. Estás fatal y quiero saber por qué.

Ella giró la cara para no ver el gesto preocupado e inquisitivo de su amiga.

—Nada —dijo a media voz, sintiendo que los ojos se le inundaban de lágrimas—. No me pasa nada.

—¡Ya está bien, Merche! —exclamó Dani dando un golpe seco sobre la mesa—. Esto se acaba aquí. No voy a permitir que lo que quiera que te pase se te enquiste y te destroce.

—¡No me pasa nada! —chilló ella en respuesta con un río de lágrimas cayendo ya libremente por sus mejillas—. Nada —repitió bajando la voz.

Dani se levantó, rodeó la mesa y se agachó frente a Merche para quedar a su altura. Le cogió las manos con cariño y se las apretó ligeramente en señal de comprensión.

—Deduzco que es algo que te duele y eso me hace sentir mal a mí. —Con dos dedos, la cogió de la barbilla y la obligó a levantar la cara para verla bien—. Sabes que puedes confiar en mí. Te quiero, y lo que a ti te preocupa me preocupa a mí también.

—Dani... —sollozó sin poder remedarlo—, es que no puedo...

—¿Por qué? Sabes que puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?

—Me avergüenza contarte lo que me ocurre.

—Merche —Dani la abrazó y dejó que su amiga reposara la cabeza en su hombro—, nada de lo que me digas va a hacer que cambie lo que siento por ti. A los amigos se los acepta tal como son, sin juzgarlos.

—Pero...

—Chist, tranquila, puedes contarme cualquier cosa.



Merche tomó aire. Necesitaba sacarse del pecho ese lastre que la acompañaba desde hacía casi dos largas semanas. Necesitaba confesarse y compartir la angustia que la aprisionaba. Se decidió. Era el momento de revelarle a su mejor amiga lo que le ocurría.

A moco tendido, comenzó a contarle que estaba enamorada de Rubén, su cuñado. Al principio, Dani no entendía nada. ¿Cómo? ¿Cuándo? Poco a poco, fue encajando las piezas y, a medida que Merche le refería lo ocurrido, iba entendiendo cada vez más la desesperación de su amiga. El problema del teléfono había agravado la sensación de soledad de Merche, y Dani lo comprendía perfectamente. Durante los seis meses que había pasado sin oír la voz de Bruno, había habido momentos en los que había pensado que no podría resistirlo más.

Dani la riñó por no haber sido capaz de pedirle el número de Rubén antes. Con una simple pregunta, ella podría haber acabado con la angustia que sentía. Pero, al ver cómo había reaccionado Merche, lo culpable que se sentía su compañera, decidió dejar el tema. Bastante estaba sufriendo con todo eso como para que ella echara más leña al fuego.

Cuando consiguió calmarla un poco, se puso en pie y, cogiendo un pòsit de su mesa, copió el número de contacto de Rubén de su HTC One A9 antes de ofrecérselo a su amiga.

—Aquí tienes su teléfono —dijo extendiendo el brazo con el papelito amarillo entre los dedos—. Llámalo ahora.

Merche miró el reloj de pared detrás de la mesa de Dani y negó con la cabeza.

—Está en clase ahora mismo. No puedo interrumpirlo.

—Está bien, pues espera a que haya terminado y lo llamas —dijo su amiga volviendo a agacharse frente a ella—. Explícale lo que ha ocurrido. Rubén es una persona razonable y lo entenderá. —Luego, cambiando el tono trascendente a otro más ligero, añadió—: Así que la devorahombres de Merche Buendía se ha enamorado... ¡Quién nos lo iba a decir!

Merche tuvo que contestar a aquella verdad con una sonrisa. Ella, que siempre había presumido de no caer en las redes del amor, estaba perdidamente enamorada de un hombre moreno de ojos verdes, labios de vicio y alma embriagadora, y estaba decidida a hacérselo saber por fin.

*Dublín, en ese mismo momento*

Estaba que se subía por las paredes. Desde que Merche había desaparecido tras el arco de seguridad del aeropuerto, no había vuelto a saber de ella. Estaba preocupado..., mucho más que preocupado. Estaba aterrado pensando que pudiera haber sufrido algún percance.

Al no haber recibido su llamada ni el día del vuelo ni al día siguiente, empezó a alarmarse y finalmente la llamó, a pesar de estar un poco enfadado porque ella no hubiera cumplido su juramento. Sin embargo, desde la primera llamada, la respuesta siempre era la misma: «Apagado o fuera de cobertura». ¿Eso qué quería decir? ¿Que había desconectado su terminal para no tener que hablar con él o que le había ocurrido algo terrible? Desechó la idea. Si hubiera pasado algo malo, Bruno se le habría dicho, no en balde, Merche era la mejor amiga de Dani.

A los tres días, sin haber podido hablar con ella, desistió de seguir intentándolo, convencido de que no deseaba ponerse en contacto con él.

Pero ya habían pasado dos semanas, así que ese día le pidió a Jim que se ocupara de su clase las últimas dos horas porque tenía algo ineludible. Su amigo, que ya había terminado con su trabajo, le dijo que no había problema, pero que le debía un favor.

—Sí, no te preocupes. Lo que necesites, Jim. Pero ahora tengo que marcharme.

—Venga, largo de aquí. Ve a hacer eso tan importante.

Rubén cruzó las puertas de la universidad ya con su *smartphone* en la mano. Buscó el número y esperó.

Bruno estaba liado eligiendo unas fotos de entre un montón que había hecho en la boda del último fin de semana. La novia tenía la nariz tan grande que era difícil disimularla, y conseguir una con un buen encuadre que ocultara su defecto era tarea espinosa. Con el novio ya había desistido, el pobre era más feo que Picio.

Con una foto en cada mano, oyó sonar su teléfono. Miró en dirección al aparato y volvió a estudiar las imágenes que sostenía. Finalmente las dejó con el resto de las fotografías esparcidas sobre la mesa y agarró el aparato, que vibraba sobre el aparador. Miró extrañado la pantalla antes de contestar.

—¿Rubén? —Era raro recibir una llamada de su hermano a esas horas—. ¿Te pasa algo?

—Necesito hablar contigo.

—¡Mierda! Debe de tratarse de algo gordo si has dejado las clases para

llamarme.

—Sí —dijo Rubén categórico.

—A ver, cuenta.

—No sé si...

—Venga, cuenta. Para eso me has llamado, ¿no?

—De acuerdo —accedió él—, pero no te rías.

—Fijo que no lo hago.

—Si te ríes, saco la mano por el teléfono y te ahogo.

—¡Joder, suéltalo de una vez!

La línea enmudeció treinta interminables segundos hasta que Rubén la devolvió a la vida.

—Estoy enamorado.

Por supuesto, Bruno estalló en carcajadas.

—¿Enamorado, tú?

—Sí, hostias. ¿Qué pasa?

—Y ¿qué? Estás hecho polvo porque te ha dado calabazas —dijo su hermano sin poder parar de reír.

—No..., no sé. En realidad, puede que sí me haya dado calabazas, pero no lo puedo asegurar. Por eso te llamo.

—A ver, explícate —pidió Bruno más calmado.

—Hemos pasado un mes juntos en Dublín. Un mes genial en el que todo ha ido de puta madre —le dijo revolviéndose el pelo nerviosamente—. Todo iba bien entre nosotros, pero ella...

—Espera, espera. Empecemos por el principio. ¿Quién es ella, dónde vive y cómo la conociste? —quiso saber Bruno. No entendía nada de lo que le decía su hermano.

—La conocí el día que te reencontraste con Dani —confesó Rubén exhalando una bocanada de aire—. Vive en Barcelona, como habrás imaginado, y es la mejor amiga de tu novia: Merche.

—¿Merche? —preguntó Bruno con incredulidad—. Pero ¿Merche, Merche?

—Sí, joder. ¿A qué otra Merche he conocido estando contigo?

—Vale. Empiezo a atar cabos. Venga, sigue.

Rubén le contó todo lo que había pasado entre ellos desde que se conocieron, la pasión que se despertaban cada vez que estaban juntos, la intimidad que habían construido, la confianza que se demostraban.

—Eso no se puede fingir. Es imposible —negó ante el silencio de Bruno.

Dani le había contado a su novio lo preocupada que estaba por el comportamiento errático de Merche, y él empezaba a ver a qué era debido. Dejó que Rubén continuara con su relato. Parecía claro que estaban locos el uno por el otro. Esperó a que su hermano terminara de hablar antes de exponer su teoría.

—Macho, no has aprendido nada de mi estupidez —le dijo en plan paternalista—. Para empezar, deberías haberle dicho lo que sentías por ella. Estas cosas es mejor sacarlas y no esperar a yo qué sé qué.

—Tienes razón. He sido un gilipollas, pero ahora no sé cómo arreglar las cosas si ni siquiera puedo ponerme en contacto con ella —se lamentó Rubén.

—Oye, ¿puedes llamarme dentro de media hora?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él asustado—. No se te ocurra hacer ninguna tontería.

—Voy a echarte una mano, hermanito, y eso no es ninguna tontería.

—De acuerdo. Te llamo dentro de treinta minutos.

Sin soltar el móvil, Bruno marcó el número de Dani.

—Hola —lo saludó ella no tan contenta como solía—. ¿Pasa algo, cielo?

—Necesito que me hagas un favor —pidió él, removiendo las fotos que tenía delante.

—Di. —Dani miró a Merche, que, compungida, seguía sollozando.

—Necesito el teléfono de Merche.

Daniela se alejó de su amiga para tener más intimidad. Se dirigió a la ventana que había detrás de su mesa y, mirando furtivamente sobre su hombro, comprobó que su compañera no le prestaba atención.

—¿Para qué lo quieres?

—Dani, por favor. Si no fuera importante, no te lo pediría.

—Toma nota —dijo ella, y le dio lo que le pedía antes de preguntar de nuevo—: ¿Para qué lo quieres?

—Mi hermano necesita hablar con ella. Han estado juntos en Dublín durante las vacaciones.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cuándo te lo ha dicho? ¿Por qué no lo ha llamado?

—A Merche le robaron el móvil en el aeropuerto de Dublín —afirmó ella en voz baja y un tanto enfadada—. Esos rateros son lo peor —siseó obviando el resto de las preguntas.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿Qué pasa, Bruno?

—Que voy a solucionarles la vida a dos personas que se quieren y que son un par de tarados.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber su novia.

—Cuando llegues a casa te lo explico.

—De acuerdo —aceptó Dani no muy convencida. Volvió a mirar sobre su hombro a Merche—. Luego me lo explicas.

Media hora exacta más tarde, una nueva llamada de Rubén encontró a Bruno mirando el aparato fijamente. Al primer timbrado, descolgó.

—Hermano —dijo sabiendo de antemano de quién se trataba—, me debes una... y bien gorda.

—Explícate —pidió Rubén muerto de ansiedad.

Y Bruno le contó lo ocurrido. El robo, lo que le había dicho Dani sobre el comportamiento de su amiga..., todo.

Rubén respiró aliviado. La falta de noticias de Merche no se debía a que no quisiera saber de él, sino al incidente con su *smartphone* y, por lo que le contaba Bruno, ella estaba tan hecha polvo como él mismo por su separación. ¿Era debido a que ella sentía algo por él? ¿Tendría tanta suerte?

Se despidió del fotógrafo con energías renovadas. Si lo que le había contado Bruno era cierto, no podía dejar pasar la oportunidad de saber lo que Merche sentía por él.

Al llegar a casa, sin perder un momento, encendió su portátil y buscó un vuelo para Barcelona. Ya se ocuparía de pedir los permisos que fueran necesarios para tener unos días libres, pero debía ir a ver a Merche y confesarle a la cara que la quería y que no podía vivir sin ella.

Sus jefes no le pusieron impedimentos. Rubén era un hombre cumplidor que nunca presentaba problemas, por lo que organizaron las clases a fin de que pudiera ausentarse una semana. En ese tiempo tendría que luchar por su futuro con ella, y estaba casi convencido de que saldría ganador.

Al llegar a casa, ilusionada con la idea de volver a oír la voz de Rubén, Merche lo llamó. No tuvo éxito esa vez ni los cientos de veces que volvió a intentarlo. En cada una de esas ocasiones, él evitó contestar, a pesar de estar deseando hablar con ella. No obstante, había decidido hacerlo en persona, y eso era lo que iba a hacer.

Había transcurrido un día entero desde que Merche se había desahogado con Dani. Si bien seguía como un alma en pena, al menos tenía a alguien con quien compartir su desánimo, y eso la ayudaba a hacer más llevadera su congoja. El no haber recibido respuesta a sus llamadas la tenía hecha trizas, por lo que su amiga tuvo que emplearse a fondo para intentar animarla.

Ese día, Merche había llegado a su piso desde el trabajo más pronto de lo habitual. Bruno había ido a recoger a Dani y ambos habían insistido en llevarla a su casa. Lo que ella ignoraba era que la pareja tenía gran interés en que estuviera en su domicilio antes de las siete de la tarde, la hora prevista para que Rubén apareciera por allí.

Se preparó un té, costumbre que había adquirido en sus días en Irlanda y que le recordaba a Rubén. Mientras el agua se calentaba, se cambió la ropa de calle por otra más cómoda: unos *leggings* cortos negros y una camiseta ancha fucsia que le habían dado en la última maratón contra el cáncer. Como todavía hacía calor, prefirió quedarse descalza. A su paso por el salón de camino a la cocina para buscar su bebida, encendió la tele decidida a mirar la caja tonta para no pensar.

Desde la cocina, oyó el sonido de un timbre sin reparar en él. Supuso que el sonido salía del televisor, aunque le pareció extraño lo mucho que se parecía al de su casa y lo fuerte que sonaba, cuando ella nunca ponía el volumen de la tele muy alto. Cogió su *mug* (le encantaba aquella taza con el diseño de unas manos sosteniendo una manzana roja) y se sentó en el sofá a dejarse embobar por las imágenes de la pantalla plana.

Volvieron a llamar, y esa vez no le cupo duda de que se trataba de su puerta. Frente a ella, se desarrollaba una película de vaqueros y no había timbres a la vista. Consultó la hora en el reloj que descansaba sobre un estante antes de levantarse a abrir. Mientras se dirigía a la puerta miró hacia abajo estudiando su indumentaria y se encogió de hombros; poco le importaba su aspecto.

Nada la había preparado para lo que encontró al abrir la puerta. De alguna manera, Rubén había conseguido que le abrieran el portal de la calle y estaba allí mismo, frente a ella, con una mochila al hombro y una bolsa de viaje a los pies.

—Hola —la saludó él sin moverse de donde estaba.

Merche no contestó. Se lanzó hacia él con impulso y, rodeándole el cuello con las manos, lo besó.

Fue un beso de bienvenida, de agradecimiento, de alivio, de satisfacción, de

amor... Rubén dejó resbalar la mochila que llevaba y, rodeando la delgada cintura de Merche, la alzó en brazos para contestar a su beso.

Con desesperación, ella tiró de él para hacerlo entrar. Sonriendo, Rubén agarró su equipaje, lo movió lo imprescindible y cerró la puerta tras ellos.

—¡Estás aquí! —exclamó Merche dándose la vuelta y abrazándolo de nuevo.

—¿Dónde estaría mejor?

La rodeó con sus brazos reconfortado por sentir su cuerpo pegado al suyo. Pero había una cosa que debía hacer antes de dejarse arrastrar por lo que deseaba hacer con ella. La separó cogiéndola por los hombros y alargando los brazos.

—Merche, tenemos que hablar —anunció con gesto serio.

La joven enmudeció. Sintió que un sudor frío le recorría la espalda, producto del pavor que le provocaron sus palabras. Afirmó con la cabeza y lo guio hasta la sala. La televisión seguía encendida, cogió el mando y la apagó antes de sentarse y pedirle que la imitara.

—Está bien —suspiró intentando borrar el miedo que sentía por lo que Rubén fuera a decirle—. Tú dirás.

—Merche —le cogió las manos entre las suyas y entrelazó sus dedos—, hay una cosa que debería haberte dicho antes de que te marcharas de Dublín. —Ella no dijo nada. Con un gesto de la cabeza, lo invitó a continuar—. Fui un cobarde y me arrepiento, pero tengo que decírtelo. Necesito saber qué piensas tú.

—Di —pidió ella con temor.

—Pasar un mes contigo ha sido extraordinario.

—Para mí tam...

Rubén la acalló posando el índice sobre sus labios.

—Por favor, permíteme que te diga lo que he venido a decirte. —Sonrió algo avergonzado. A pesar de estar seguro de sus sentimientos, era la primera vez que iba a declararle a una mujer su amor porque era la primera vez que lo sentía—. Merche, en el tiempo que hemos compartido he comprendido lo que siento por ti.

Ella se disponía a hablar de nuevo, pero desistió ante la cara de súplica de Rubén.

—En toda mi vida me he sentido como ahora. —Calló un momento buscando las palabras que lo ayudaran a expresar todo lo que ella le inspiraba. Se decidió por decirlo directamente y sin florituras—: Merche, te quiero. Puede parecer una locura, pero no lo es. Nunca me he enamorado, pero tengo claro que no soporto estar sin ti, que añoro cada día el tenerte a mi lado, reír, cocinar, recoger la mesa, fregar los platos juntos... —enumeró—. Hacer el amor contigo cada día y cada noche. Tenerte

pegada a mi cuerpo para conciliar el sueño; despertar con tu imagen dándome los buenos días... —La observó intentando medir el alcance que había tenido su revelación—. Y sé que todo eso es amor.

Merche no podía hablar. Rubén le estaba desvelando los mismos sentimientos que tenía ella. Sus días sin él eran más oscuros y sin sentido. Nada la hacía feliz, nada despertaba su interés. Se movía por inercia y sin ganas... Ella también lo quería y, como él, había sido una cobarde que había sido incapaz de hablarle con la franqueza que estaba demostrando él. Pero esa cobardía terminaba en ese momento.

—Rubén —hinchó los pulmones y expulsó el aire de golpe—, yo también te quiero. Vivir estos días alejada de ti ha sido una penitencia horrible. Para colmo, ni siquiera podía hablar contigo porque me roba...

Sin dejar que terminara, él la atrapó entre sus poderosos brazos y la besó con toda la desesperación que había sentido durante su separación. Ella también lo quería, ya no necesitaba nada más aparte de sus labios. Las explicaciones (por otro lado, innecesarias, ya que Bruno le había contado el incidente del teléfono) sobran.

Gastaron la noche haciendo el amor una y otra vez. En ocasiones, con lujuria desmedida, en otras con cariño desbordante, pero siempre con la pasión que sentían el uno por el otro. Y entre susurros planearon su futuro. Si algo les había quedado cristalino durante las casi dos semanas que no habían estado juntos era que no querían volver a separarse. Se querían de una manera arrolladora. Su destino era estar juntos..., donde fuera no importaba... ¿Barcelona? ¿Dublín?... Qué más daba.



## Epílogo

El teléfono sonaba con insistencia y nadie acudía a contestar. Desde el cuarto de baño, Merche oyó el sonido y, sacando la cabeza por la puerta, dijo en voz alta:

—Rubén, cariño, ¿puedes contestar?

—Estoy cambiándole el pañal al niño, cielo. ¿Puedes hacerlo tú?

Desnuda como estaba, salió en dirección a la sala para responder a la llamada. Rubén la vio pasar desde la habitación de su hijo y pensó: «Es la mujer más maravillosa del mundo y es mía». Luego miró a Óscar, un precioso bebé de cinco meses que gorgoteaba contento con las gracias que le dedicaba su padre.

—Y tú eres el renacuajo más precioso que hay sobre la Tierra —le dijo agachándose a besar la redondez de su barriguita.

En ese instante, Óscar decidió que era el momento de hacer pipí y mojar a su papá.

—El más precioso y el más marrano, que lo sepas.

—¿Qué pasa? —preguntó Merche asomándose a la habitación de su hijo.

Rubén no contestó. Se volvió hacia ella y señaló el regalito que le había hecho Óscar. Ella, divertida, se les acercó.

—Cariño —dijo dirigiéndose a su bebé—, estas cosas se hacen en el pañal. Ahora papá tendrá que darse una ducha y cambiarse de ropa, y vamos con prisas.

—¿Con prisas? —se extrañó Rubén, ya que tenían planeado pasar la tarde en casa los tres juntos.

—Muchas. Tu sobrina ha decidido que quiere conocerte hoy —sonrió ella complacida.

—¿Mi sobri...? —Rubén no acabó de formular la pregunta—. ¿¿Dani está de parto?!

—Sí, tito, tu sobrinita viene hoy al mundo —dijo Merche ensanchando su sonrisa.

—Venga, Óscar, vamos a ponerte elegante para que conozcas a tu primita.

Rubén terminó de cambiarlo y lo vistió con una camiseta blanca y un peto tejano. Estaba para comérselo. Luego lo dejó en su cuna, jugando con el móvil de ovejitas que pendía sobre ella, y se fue al baño.

Una nube de vapor lo recibió al abrir la puerta. Merche seguía en la ducha,

terminando de deshacerse del jabón que impregnaba su cuerpo. Él se desnudó con rapidez y se coló junto a ella. La miró de arriba abajo y se mordió el labio con el deseo desbordándole los ojos y una erección comenzando a hacer acto de presencia.

—¡Ah, no, señor De la Torre!

—Uno rapidito, venga —rogó él.

Merche lo miró negando con la cabeza y una sonrisa traviesa en los labios. Le dio un beso en el pecho y salió girándose en el último instante para dedicarle una tentadora mirada.

—No me gustan las prisas —le recordó antes de desaparecer en la neblina del baño.

Rubén meneó la cabeza mientras el agua templada resbalaba por su cuerpo. Era cierto, a él tampoco le gustaban. No, él prefería deleitarse con el cuerpo de su mujer. Dedicarle todo el tiempo del mundo y saborearla poco a poco..., y eso era lo que pensaba hacer el resto de su vida.

# Biografía



Luz Guillén, barcelonesa apasionada por la literatura desde muy joven, ha ido incrementando esa pasión con el paso de los años. Sintió la llamada de la escritura a muy temprana edad, pero ha empezado a compartirla desde hace poco tiempo.

Casada desde 1985, ha inculcado en sus hijos el mismo amor por los libros que siente ella.

Administrativa del ambulatorio de un pueblo de la periferia de Barcelona, donde vive, desarrolla su labor con buen humor, intentando facilitar la vida a todos los que la rodean.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:  
<https://www.facebook.com/MaryOdds/?fref=ts>

# Notas

[1] *Candyman*, RCA Records Label, interpretada por Christina Aguilera. (*N. de la e.*)

[2] *Decode*, Atlantic Records, interpretada por Paramore. (N. de la e.)

*¿En Barcelona o en Dublín?*  
Luz Guillén

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Luz Guillén, 2017  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-08-16629-0  
Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / [www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

